

La Ilustración Artística



Artística

Año XXVI

BARCELONA 21 DE ENERO DE 1907

Núm. 1.308



MIMI AGUGLIA FERRAÚ, eminente actriz de la compañía dramática italiana que representa actualmente en el Teatro de Novedades de esta ciudad. (De fotografía.)

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Compañía dramática italiana*. — *Unejito, Dosojitos, Tresojitos*, cuento de los hermanos Grimm. — *La cuestión de Marruecos*. — *Monumento á Quevedo*. — *La reina Doña María Cristina*. — *El acorazado inglés «Dreadnought» puesto en estado de servicio*. — *El miedo á la vida*, novela ilustrada (continuación). — *El nuevo shah de Persia*. *El Parlamento persa*. — *La máquina de volar de Hofmann*.

Grabados.— *Mimi Aguglia Ferraiú*, eminente actriz de la compañía dramática siciliana. — El eminente actor *Cav. Grasso*, director de dicha compañía. — *¡Cabrita, cabrita, pon la mesita!*, cuadro de Herberto Arnold. — *Marruecos. Una calle de Tánger. Tipos de partidarios del Raisuli*. — *Cabilas convocadas por el Raisuli*. — *Soldados marroquíes en las afueras de Tánger*. — *Vista de Zinat, tomada pocos días antes de la batalla por un indígena al servicio del ministro francés en Tánger*. — *Vista del gran Zoco de Tánger*. — *Quevedo*, estatua obra de Agustín Querol. — *La reina Doña María Cristina*, retrato pintado por José Moreno Carbonero. — *Monumento erigido en Madrid á D. Francisco de Quevedo y Villegas*, obra de Agustín Querol. — *Tres vistas del acorazado inglés «Dreadnought»*. — *Mozzaffer ed-Dinn, shah de Persia fallecido el día 8 de los corrientes*. — *El nuevo shah de Persia Mahomed Ali Mirza*. — *Teherán. Puerta de entrada del palacio de Baharistán*. — *Berlín. Máquina para volar del consejero Hofmann*. — *Barcelona. El maestro Mascagni y los profesores de la orquesta del Gran Teatro del Liceo*.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

El Salvador: el estado de sitio y la libertad de imprenta: las Repúblicas centro-americanas y Roosevelt. — *Honduros y Nicaragua*: el laudo arbitral de Alfonso XIII: la frontera. — *Panamá*: la alocución del presidente. — *Colombia*: riqueza minera: el oro y las esmeraldas: vías de comunicación. — *Ecuador*: Alfaro, presidente constitucional. — *Uruguay*: actividad económica: situación financiera. — *República Argentina*: armamentos. — *Chile*: los últimos araucanos.

Los efectos del decreto de 11 de septiembre próximo pasado, que declaró en estado de sitio la República de El Salvador, se redujeron pocos días después, el 4 de octubre, á la suspensión de las garantías del amparo personal y de la libertad absoluta de la prensa; quedando, en consecuencia, restablecidas las demás garantías constitucionales. Siguieron en suspensión aquéllas sin otro objeto que tener el Ejecutivo á mano medios de acción para reprimir desórdenes durante el período de elecciones.

No se trataba de entorpecer los trabajos electorales de tal ó cual candidato á la presidencia de la República, sino de evitar que en ese período en que los ánimos se exaltan degenerasen los apasionamientos en hechos y manifestaciones impropios de un pueblo culto, que pudieran perturbar el libre ejercicio del derecho electoral.

Que tales eran los propósitos del gobierno, lo prueba la circunstancia de que, á pesar de las facultades que en cuanto á la prensa se reservó aquél, los periódicos de la República siguieron gozando de la misma libertad que antes tenían. Se cita como caso raro de tolerancia y de respeto á la libertad de la prensa en pleno período de suspensión de garantías, el hecho de haberse permitido la publicación de una carta escrita en tonos muy enérgicos por el general Villavicencio y dirigida al comité de su partido.

Refiriéndose á otro asunto, la mediación de Roosevelt con motivo de la guerra entre El Salvador y Guatemala, la prensa salvadoreña deplora que la del extranjero — y especialmente alude á la de España — haya supuesto que el presidente de los Estados Unidos impone su autoridad ó su influencia á los pueblos centro-americanos. Los periódicos de San Salvador hacen constar que la mediación fué propuesta por el presidente de la República mexicana; que el cruce en que los delegados se reunieron estaba en alta mar, á más de tres leguas de tierra, para que así resaltase mejor la neutralidad de los mediadores y se mantuvieran bajo un pie de perfecta igualdad todas las altas partes contratantes, y que en las comunicaciones de Roosevelt á los gobiernos de los citados contendientes, por lo menos en la dirigida al de El Salvador, tuvo aquél buen cuidado de expresarse con todo el respeto que exigen los derechos y la dignidad de Repúblicas soberanas.

**

La cuestión de límites entre Honduras y Nicaragua ha quedado resuelta por virtud del laudo arbitral que

dictó S. M. el rey D. Alfonso XIII en 23 de diciembre último. Determinan la frontera la desembocadura del río Coco ó Segovia, junto al cabo Gracias á Dios, y las vaguadas de dicho río y de su afluente el Poteca ó Bodega; desde el encuentro de éste con el río Guineo, la divisoria toma la dirección que corresponde al deslinde de 1720 para concluir en el Portillo de Teotecacinte, de modo que el sitio de este nombre quede íntegro dentro de la jurisdicción de Nicaragua.

Los gobiernos nicaragüenses habían hecho concesiones de tierras al Norte de esa frontera, es decir, en zona que, según el laudo, es de Honduras. Suponemos que ésta respetará los derechos que los particulares hayan podido adquirir mediante esas concesiones.

Telegramas llegados á Europa en los primeros días de este mes anunciaban cierta agitación revolucionaria en Honduras, y se sospechó que pudiera impulsarla ó favorecerla el gobierno de Nicaragua, algún tanto contrariado por no haber conseguido que el fallo arbitral reconociese todas sus pretensiones territoriales.

Noticia llegada por cable á Madrid el 13 del corriente hizo saber que tales sospechas eran infundadas; la revolución de que se hablaba se redujo á desórdenes ó alborotos sin importancia, ocurridos por motivo de los festejos populares con que allí es costumbre celebrar los últimos y primeros días del año.

**

Se ha cumplido, en los primeros días de noviembre de 1906, el 3.º aniversario de la proclamación de la República de Panamá. El presidente ha dirigido una alocución á sus conciudadanos, congratulándose de haber logrado, tras larga y dolorosa experiencia, la consolidación del gobierno autónomo.

Sin embargo, el Sr. Amador Guerrero no parece muy satisfecho, pues declara que aún no están realizadas todas las aspiraciones de los panameños, y deja para lo porvenir el cumplimiento del ideal de concordia en que su gobierno se inspira. Deber de todos, dice, es consagrarse sin reservas á la gloria de la nación, á su prosperidad y á su grandeza. Nada de ambición personal; todo hay que sacrificarlo al bienestar de la patria, prescindiendo de pasiones y de intereses mezquinos.

**

En una revista yanqui — *The Engineering and Mining Journal* — el Sr. Granger aplaude la política del actual gobierno colombiano, política eminentemente práctica, que tiende á fomentar por todos los medios posibles el desarrollo de las riquezas agrícola y minera. Fijase especialmente en la importancia y valor que esta última tiene.

Recuerda que en los tiempos en que Colombia era de España, se la consideraba como el país de mayor producción de oro en el mundo, y así fué hasta que los placeres de California vinieron á colocar á los Estados Unidos en primera fila. La mayor parte del oro obtenido por los españoles procedía de los ríos, y los métodos que usaron para extraerlo eran tan perfectos, que todos los que ven sus antiguos trabajos reconocen que aun con las dragas hidráulicas modernas no hubieran podido obtener mayores resultados. Hoy día, en las arenas de algunos arroyos, millares de trabajadores de ambos sexos lavan oro en cantidad suficiente para proporcionarse el sustento, y esperan con ansiedad la época de sequía, en la que pueden llegar al subsuelo de los cauces, donde hay oro en tal abundancia, que en pocos días de labor se obtienen á veces rendimientos que bastan para poder gozar en lo sucesivo vida cómoda é independiente.

En la actualidad, el factor más importante de la riqueza minera de Colombia es la esmeralda. El gobierno tiene el monopolio de su explotación. Aunque se encuentran esmeraldas en varios lugares cercanos á Bogotá, sólo se trabajan las minas de Muzo, situadas á tres jornadas, á lomo de mula, de la capital. Esta mina es la fuente de donde se provee el mundo de las más preciosas piedras. El presidente, general Reyes, que sabe que las esmeraldas perfectas alcanzan mayor precio que los diamantes, ha resuelto establecer en la mina maquinaria moderna.

Colombia puede derivar de sus minas de esmeraldas los recursos necesarios para llevar á cabo las reformas emprendidas por el presidente y su gobierno, entre ellas el desarrollo y perfeccionamiento de las vías de comunicación. Se han organizado en el ejército compañías de zapadores que se ocupan en reconstruir caminos que se habían convertido en veredas casi intransitables. Las vías férreas que se construyen desde las costas y el navegable río Magdalena

hacia el interior facilitarán el acceso á las regiones mineras y la instalación en Antioquia y Cauca de las máquinas necesarias para la perfecta explotación de las minas.

**

El general Eloy Alfaro, que provisionalmente gobernaba en el Ecuador, ha sido elegido presidente constitucional de la República.

Las elecciones no se señalaron por incidente ninguno notable. Antes, los enemigos de Alfaro, los conservadores, habían apelado á procedimientos revolucionarios para derribarle del poder. Fueron vencidos, quedando prisionero el jefe que los mandaba, coronel Vega.

Ahora hay gran expectación ante la política que ha de desarrollar el viejo caudillo de los liberales ecuatorianos. Los conservadores ó clericales están recelosos, pues temen que aquél extreme los radicalismos.

**

Desde los puntos de vista económico y financiero nótase gran actividad y progreso en la República del Uruguay.

Ingenieros y representantes de Sindicatos industriales y mercantiles hacen estudios en las regiones mineras, especialmente en los departamentos de Minas, Maldonado y Rivera; llega de Europa maquinaria perfeccionada para impulsar la explotación, y se descubren nuevos yacimientos de hulla en Paysandú.

Estúdiense también proyectos de nuevos canales y ferrocarriles, adelantan las obras del ferrocarril internacional que ha de enlazar á la República con el estado brasileño de Río Grande, y se amplían las comunicaciones entre Montevideo, Río Grande y Porto Alegre. Prosiguen las obras del puerto de la capital y se trata de establecer en él una zona franca.

El estado de la Hacienda es muy satisfactorio. Se ha suprimido el descuento de 5 y 10 por 100 que pesaba sobre el sueldo de los funcionarios de la administración. Todos los servicios mejoran, y en los nuevos presupuestos se consignan tres millones de pesos oro para obras públicas, un millón para escuelas generales, y otro tanto aproximadamente para las de Veterinaria y Agronomía y para construir la Biblioteca Nacional y Museo.

**

No hace muchos meses, hacia septiembre último, el gobierno argentino pidió autorización á las Cámaras para adquirir ó construir grandes buques de combate. Los Estados Unidos del Brasil van aumentando su marina de guerra, y conviene prepararse para posibles contingencias.

La República Argentina es país rico y próspero, y debe ponerse en condiciones de poder defender su riqueza actual y su porvenir. Chile, país más pobre, puede algún día sentir la imperiosa necesidad de desbordarse por los fértiles campos argentinos. Una alianza chileno brasileña pondría en grave aprieto á la República Argentina. No es, pues, de extrañar que ésta trate de precaverse aumentando sus fuerzas de mar y tierra, y también buscando contrapeso á la posible citada alianza mediante pactos con otras Repúblicas de Suramérica, cuyos intereses no se armonicen con los de Chile y el Brasil.

Ultimamente, la prensa de Buenos Aires hacíase eco de proyectos de negociación con el Brasil acerca de los nuevos armamentos marítimos. Preferible sería, sin duda alguna, un convenio entre esos y otros Estados del Sur de América que limitara, sobre base de relativa igualdad, las fuerzas terrestres y navales de todos ellos.

**

Los indios chilenos continúan quejándose del mal trato de que los hacen víctimas las autoridades. Reclaman, sin obtener justicia. Aquella gran raza de los araucanos, que inmortalizó Ercilla, va desapareciendo, «estrechados de día en día — según dicen periódicos de Santiago — por una rapacidad más desvergonzada que la de los primeros conquistadores del país.» Se les quita sus tierras y sus casas, y se refugian en la ciudad, por cuyas calles vagan entristecidos los viejos caciques, y mozos y mujeres mendigan trabajo y se entregan á las más humildes tareas.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 20, B^{is} ITALIENS, PARIS.


 COMPañÍA DRAMÁTICA SICILIANA
 

Sin bombos, sin reclamos, casi sin anunciarse, presentóse ante el público de Barcelona la Compañía dramática siciliana. La inmensa mayoría de los aficionados al teatro no tenían noticia siquiera de que tal compañía existiese, y sólo algunos recordaban haber leído algo de ella en periódicos extranjeros ó haber oído hablar de ella con gran elogio á actores italianos tan eminentes como Zacconi y Caravaglia.

Nuestro público es por temperamento desconfiado; se resiste á lo desconocido, y por miedo de tener que llamarse á engaño deja muchas veces de gustar placeres exquisitos. ¿Será menester citar, entre otros, el ejemplo de lo sucedido, hace bastantes años, con la compañía portuguesa de la que formaba parte la eminentísima, la incomparable Lucinda Simoes?

Teniendo en cuenta estas circunstancias, no es de extrañar que á la función inaugural de la Compañía dramática siciliana asistiera una concurrencia escogida, sí, muy escogida, pero escasa, muy escasa; mas quizás por esto mismo el éxito de aquella primera representación fué mayor. Los que aquella noche estaban en Novedades eran los verdaderos aficionados, los inteligentes, los que van al teatro en busca de emociones artísticas, los que toman el arte como fin, no como pretexto para lucir galas y pasar la velada entretenidos en animados coloquios; y los grandes éxitos, que no siempre son los más ruidosos, los hacen, no los muchos, sino los mejores.

Y el éxito de la compañía fué grande, colosal. El público, desde las primeras escenas, se identificó con los actores y no tardó en rendirse á discreción; y al día siguiente, todos los periódicos agotaban el repertorio de las alabanzas escribiendo sobre el estremo, y en todos los círculos no se hablaba de otra cosa que del triunfo inmenso alcanzado por aquellos artistas pocas horas antes enteramente desconocidos por la generalidad.

La noticia fué cundiendo, y en las sucesivas noches el público ha acudido, cada vez más numeroso, al teatro de Novedades, pudiendo convencerse de que los elogios no eran exagerados y de que el espectáculo que allí se le ofrecía era uno de los más notables de cuantos se han dado en Barcelona.

Las representaciones de esa compañía han sido una doble revelación: la revelación de un teatro del que no conocíamos otra muestra que la popular obra de Verga *Cavallería rusticana*, y la revelación de una actriz y de un actor á quienes puede aplicarse como á muy pocos el dictado de eminentísimos.

Hasta ahora, todas las obras puestas en escena, excepción hecha de *La morte civile* y de dos arreglos de *Terra baixa*, de Guimerá, y de *Juan José*, de Dìcenta, han sido dramas de costumbres sicilianas, de un género eminentemente regional, cuya característica son las pasiones llevadas á su mayor grado de intensidad. En las producciones de Capuana, Broggi, Linopoli, Martoglio y aun en las del mismo Verga, apenas hay exposición; el conflicto, el drama, surge

en los primeros momentos, y desde entonces crece y se agiganta en un argumento, por decirlo así, condensado, que se precipita hacia la catástrofe final sin episodios que distraigan la atención del espectador, sin

able á los sentimientos que expresa y á las situaciones en que la acción se desarrolla, siempre vibrante, siempre ardiente, lleno de frases cortadas, de diálogos fogosos, de pensamientos acerados. No quiere esto

decir que no haya en tales obras momentos de reposo, pero son contados y por añadidura fugaces, y parecen puestos expresamente para hacer más violento el contraste con lo que constituye la tónica dominante.

Un teatro de esta índole forzosamente ha de causar en el público impresión muy honda, á condición, empero, de que los actores encargados de interpretarlo lo sientan como estas cosas deben sentirse y lo representen de una manera intachable. En pocos casos tendrá mejor explicación que en este la conocida sentencia de que sólo un paso separa lo sublime de lo ridículo. Las obras regionales que nos ha dado á conocer la compañía siciliana interpretadas por actores adocenados, seguramente fracasarían; todo lo que de eminentemente humano hay en ellas aparecería de fijo como artificioso; el género sería una variante más del vulgar melodrama. En cambio, representadas por esa compañía, son páginas arrancadas de la realidad cuya figuración escénica produce la sensación de la vida misma; son poemas de pasión que conmueven nuestras almas, haciéndonos olvidar por un momento que se trata de una ficción y obligándonos á sentir, á padecer, á llorar, como sienten, padecen y lloran los personajes que los actores encarnan.

La mayoría de los elementos que forman la compañía dramática siciliana son valiosísimos, pero entre todos ellos sobresalen los dos á quienes antes hemos aludido, y con cuyos retratos honramos hoy las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA: la señora Aguglia Ferratú y el Sr. Grasso. Una y otro se impusieron desde el primer día, revelándose como dignos de ser contados entre las más grandes eminencias que se han admirado en Barcelona. La voz, el gesto, los ojos, todo en ellos subyuga y fascina, y en los momentos culminantes, el espectador, vencido, hipnotizado por sus palabras apasionadas, por sus violentas actitudes, por sus miradas de fuego, siente esa emoción inexplicable, potente, profunda que sólo es capaz de producir lo verdaderamente sublime, y que se exterioriza en delirantes aplausos y aclamaciones. Su arte se confunde con la naturaleza; no parecen actores que fingen sentimientos imaginados por el poeta, sino seres reales que sienten sus propias pasiones y las exteriorizan con la vehemencia, con la espontaneidad de lo vivido.

Barcelona ha hecho justicia á sus méritos, premiando con ovaciones entusiastas la labor magistral de tan colosales artistas. La impresión que entre nosotros han causado no se borrará jamás; y en lo sucesivo, cuando se citen los nombres de las grandes figuras del arte escénico que en todos tiempos nos han visitado, forzosamente colocaremos entre los primeros de los primeros á la señora Aguglia Ferratú y al Sr. Grasso. - C.



El eminente actor CAV. GRASSO, director de la Compañía dramática siciliana que representa actualmente en el teatro de Novedades de Barcelona. (De fotografía.)

medias tintas que suavicen las rudezas de la acción dramática. Las pasiones estallan potentes, fieras, en momentos casi salvajes; los tipos se presentan en seguida francos, tales como son, como caracteres rudos, toscos, sin complejidades psíquicas, en quienes el amor, el odio, los celos, la venganza viven sin atenuaciones y revisten proporciones gigantescas; las escenas se suceden rápida y en ocasiones atropelladamente, y el lenguaje corresponde por modo admi-

UNOJITO, DOSOJITOS, TRESOJITOS, cuento de los hermanos Grimm

Érase una mujer con tres hijas, de las cuales la mayor se llamaba Unojito, porque sólo tenía un ojo en medio de la frente; la segunda, Dosojitos, porque tenía dos ojos, como el común de los mortales, y la pequeña, Tresojitos, porque tenía tres, uno de ellos también en mitad de la frente. Como la segunda se parecía á todas las demás personas, sus hermanas y su madre no podían sufrirla, y solían decirle: «Tú, que tienes dos ojos, no eres mejor que el vulgo y no mereces alternar con nosotras.» Además la golpeaban; le daban las peores ropas y la comida que ellas no querían, y le causaban todas las penas imaginables.

Dosojitos había de salir al campo á guardar la cabra, y la pobre sentía mucha hambre, porque sus hermanas le daban muy poco que comer. Cierta día sentóse á la linde de un bosque, y comenzó á llorar de tal manera, que de sus ojos brotaron dos fuentejitas. De pronto vió á su lado á una mujer que le preguntó:

—¿Por qué lloras, Dosojitos?

—¿Cómo no he de llorar! Mi madre y mis hermanas no pueden sufrirme porque tengo dos ojos, como la demás gente; me arrojan de un rincón á otro, me dan sus vestidos viejos y los restos de su comida. Hoy he comido tan poco, que estoy hambrienta.

—Seca tu llanto, Dosojitos; te diré una cosa para que nunca más padezcas hambre. Sólo con que digas á tu cabra:

Cabrita, cabrita, pon la mesita,

verás aparecer delante de ti una mesa limpiamente puesta y cubierta de los más exquisitos manjares, de los que podrás comer hasta hartarte. Y cuando estés satisfecha y ya no necesites la mesa, di:

Cabrita, cabrita, quita la mesita,

y la mesa desaparecerá.

Fuése la hada, y Dosojitos, queriendo comprobar en seguida, pues el hambre la apretaba, si era cierto lo que aquélla le dijera, pronunció las palabras mágicas, y apenas las hubo dicho, vió aparecer una mesita cubierta con blanco mantel, y en ella un plato, un cuchillo, un tenedor y una cuchara de plata, y exquisitos manjares, humeantes todavía, como si acabaran de salir del fuego.

Dosojitos rezó la corta plegaria, única que sabía, «Señor Dios, sé nuestro huésped, amén;» comió con delicia, y cuando estuvo satisfecha pronunció las otras palabras que la hada le había enseñado, é inmediatamente desapareció la mesa con todo lo que en ella había, y la muchacha quedóse alegre y contenta pensando que ya no padecería más hambre.

Por la noche, cuando regresó á su casa con la cabra, encontró un platito con comida que sus hermanas le habían dejado y que ella no probó.

Al otro día, volvió á salir con su cabra sin llevarse el par de mendrugos que le daban. La primera y la segunda vez que esto hizo, sus hermanas no pararon mientes en ello; pero al ver que todos los días era lo mismo, llámóles la cosa la atención y se dijeron:

—Lo que hace Dosojitos no es natural; antes devoraba cuanto le dábamos y ahora no quiere llevarse la comida. Eso indica que come en otra parte.

Y para averiguar la verdad, convinieron en que Unojito acompañara á Dosojitos cuando ésta fuese á apacentar la cabra, y viera lo que sucedía y si alguien le daba de comer y de beber.

Al levantarse Dosojitos á la mañana siguiente, acercósele Unojito y le dijo:

—Quiero ir contigo al campo y ver si la cabra come bien.

Pero Dosojitos, que comprendió la intención de su hermana, llevó la cabra á un prado de alta hierba, y apartándose con Unojito, díjole:

—Vamos á sentarnos ahí; te cantaré algo.

Sentóse Unojito, rendida de cansancio, pues no estaba acostumbrada á tanto andar, y sofocada por el calor, que apretaba de firme, y su hermana empezó á cantar:

Unojito, ¿velas? Unojito, ¿duermes?

Unojito cerró su ojo y se quedó dormida; entonces Dosojitos, viendo que aquélla no podría enterarse de lo que ocurriera, pronunció las palabras mágicas:

Cabrita, cabrita, pon la mesita.

Y cuando se hubo hartado de comer y de beber, dijo:

Cabrita, cabrita, quita la mesita.

Y la mesita desapareció.

Dosojitos despertó entonces á su hermana, diciéndole:

—Querías vigilar y te has dormido, de modo que la cabra hubiera podido escaparse. Vámonos á casa.

Dosojitos dejó, como de costumbre, intacta la cena que le dieron, y Unojito no pudo explicar por qué aquélla no comía, y para disculparse declaró que se había dormido.

A la mañana siguiente, la madre encomendó la vigilancia de Dosojitos á Tresojitos, diciéndole:

—Es preciso que veas si tu hermana come fuera, pues en casa es donde ha de comer.

Salieron las dos muchachas, diciendo Tresojitos á su compañera:

—Quiero acompañarte para ver si la cabra come bien.

Dosojitos, comprendiendo la intención de su hermana, llevó la cabra á un prado de alta hierba y dijo á Tresojitos:

—Sentémonos ahí; te cantaré algo.

Tresojitos sentóse, rendida de cansancio, pues no estaba acostumbrada á tanto andar, y sofocada por el calor, que apretaba de firme, y Dosojitos cantó:

Tresojitos, ¿velas?

Pero en vez de cantar «Tresojitos ¿duermes?», dijo distraídamente:

Dosojitos, ¿duermes?

Con lo cual cerráronse solamente dos de los tres ojos de la hermana, mientras el tercero, del que nada había dicho la canción, permaneció despierto; pero Tresojitos, para disimular, lo cerró también, aunque de modo que pudiera ver lo que sucedía.

Dosojitos, creyéndola dormida, pronunció las palabras:

Cabrita, cabrita, pon la mesita.

Y comió y bebió á su placer, mandando luego que la mesita desapareciera.

Después despertó á su hermana, y al llegar á casa tampoco cenó.

Tresojitos explicó á su madre lo ocurrido, diciéndole cómo había aparecido y desaparecido la mesa, llena de manjares exquisitos, mucho más exquisitos que los que ellas comían en su casa, y añadiendo que lo había visto todo, gracias á que de los tres ojos que tenía sólo dos se habían dormido al canto de su hermana, permaneciendo despierto el tercero, el situado en medio de la frente.

En vista de ello, la envidiosa madre llamó á Dosojitos.

—¿Conque quieres vivir mejor que nosotras?, le dijo. Pues ya verás cómo se te quitan las ganas.

Y empuñando un cuchillo, clavóselo en el corazón á la cabra, que cayó muerta.

Dosojitos, al ver esto, salió desesperada de la casa y en el campo derramó sus más amargas lágrimas. En esto, se le apareció nuevamente el hada y le preguntó por qué lloraba.

—¿Cómo no he de llorar!, respondió la niña. Mi madre ha matado la cabra que todos los días, cuando le decía las palabras que vos me enseñásteis, ponía delante de mí la mesa cubierta de ricos manjares; ahora volveré á pasar hambre y á penar.

—Voy á darte un buen consejo, repuso el hada; pide á tus hermanas que te den las entrañas de la cabra muerta y entiérralas delante de la puerta de tu casa. Con ello serás feliz.

Desapareció el hada, y Dosojitos, de regreso en su hogar, dijo á sus hermanas:

—Queridas hermanas, dadme algo de mi cabra; no pido ningún pedazo de los buenos, sólo las entrañas.

—Si no es más que esto, lo tendrás, le repondieron sus hermanas riendo.

Y Dosojitos cogió las entrañas y por la noche enterrólas sigilosamente delante de la puerta de la casa, tal como el hada le había dicho.

A la mañana siguiente, cuando despertaron y salieron á la puerta, vieron un árbol magnífico, maravilloso, con las hojas de plata y los frutos de oro; no podía darse cosa más preciosa en todo el mundo. Nadie supo cómo había crecido aquel árbol durante la noche, y únicamente Dosojitos observó que había nacido de las entrañas de la cabra, porque se alzaba precisamente en el sitio en que aquéllas habían sido enterradas.

—Hija mía, dijo la madre á Unojito, sube al árbol y arranca algunas frutas.

La muchacha encaramóse al árbol; pero así que quiso coger las doradas manzanas, escapósele la rama de entre las manos, repitiéndose esto tantas cuantas veces intentó apoderarse de la fruta; de suerte que todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Entonces la madre dijo á Tresojitos:

—Sube tú, que con tus tres ojos podrás ver mejor que Unojito.

Bajó ésta y subió aquélla; pero le sucedió lo que á su hermana: por más que miró, las manzanas de oro se le escaparon.

Impaciente la madre, subió ella misma; mas tampoco pudo lograr su propósito.

—Probaré yo, dijo Dosojitos; tal vez sea más afortunada que vosotras.

—¿Quién, tú!, exclamaron las dos hermanas. ¡Vaya unas pretensiones!

Sin embargo, la muchacha, sin hacerles caso, subió al árbol y las manzanas no sólo no huyeron del alcance de sus manos, sino que se le acercaron por sí mismas, de modo que Dosojitos pudo llenar con ellas su delantal.

La madre se las arrebató, y tanto ella como sus hermanas, en vez de tratar mejor á Dosojitos, la miraron con mayor envidia y la trataron con más dureza.

Sucedió un día que mientras toda la familia estaba al pie del árbol, aparecióse por allí un jinete joven.

—Escóndete en seguida, Dosojitos, gritaron las dos hermanas al mismo tiempo que echaban sobre ella una cuba vacía, debajo de la cual metieron también las manzanas de oro que poco antes Dosojitos había cogido.

Acercóse el jinete, que era un guapo mancebo, y deteniéndose asombrado junto al árbol de hojas de plata y frutos de oro, habló así á las dos hermanas:

—¿De quién es ese árbol? Quien me diera una rama de él, podría pedir en cambio cuanto quisiera.

Unojito y Tresojitos contestaron que el árbol era suyo y que de buen grado arrancarían una rama para regalársela; pero por más esfuerzos que hicieron no lograron su objeto, porque las ramas y los frutos se apartaban cada vez que intentaban cogerlas.

—¿Es muy raro!, exclamó el desconocido. Decís que el árbol os pertenece, y no tenéis poder para arrancar una de sus ramas.

Pero las dos hermanas sostuvieron que el árbol era suyo.

En esto, Dosojitos, desde dentro de la cuba, tiró dos manzanas de oro que fueron á parar á los pies del caballero; la pobre muchacha estaba resentida porque sus hermanas no habían dicho la verdad.

El joven quedóse admirado al ver las dos manzanas y preguntó de dónde procedían; Unojito y Tresojitos respondieron que tenían otra hermana, pero que no podía presentarse porque no tenía más que dos ojos, como el común de los mortales.

El caballero quiso verla y la llamó.

Entonces Dosojitos salió animosamente de debajo de la cuba, y el joven, asombrado de su mucha belleza, le dijo:

—Dosojitos, ¿puedes arrancar para mí una rama del árbol?

—Ciertamente que puedo, porque el árbol es mío.

Y encaramándose ligera, arrancó con gran facilidad una rama de hojas de plata y frutos de oro y se la entregó al caballero.

—¿Qué quieres en cambio?, preguntó éste.

—¡Ay!, exclamó Dosojitos. Padezco hambre y sed y toda clase de sufrimientos desde que amanece hasta muy entrada la noche; si quisieras llevarme contigo y salvarme, me consideraría feliz.

El joven hizo montar á Dosojitos en su caballo y se la llevó al castillo de su padre, en donde le dió buenos vestidos y comida y bebida á su placer; y como se prendó de ella, quiso hacerla su esposa, celebrándose la boda en medio de la mayor alegría.

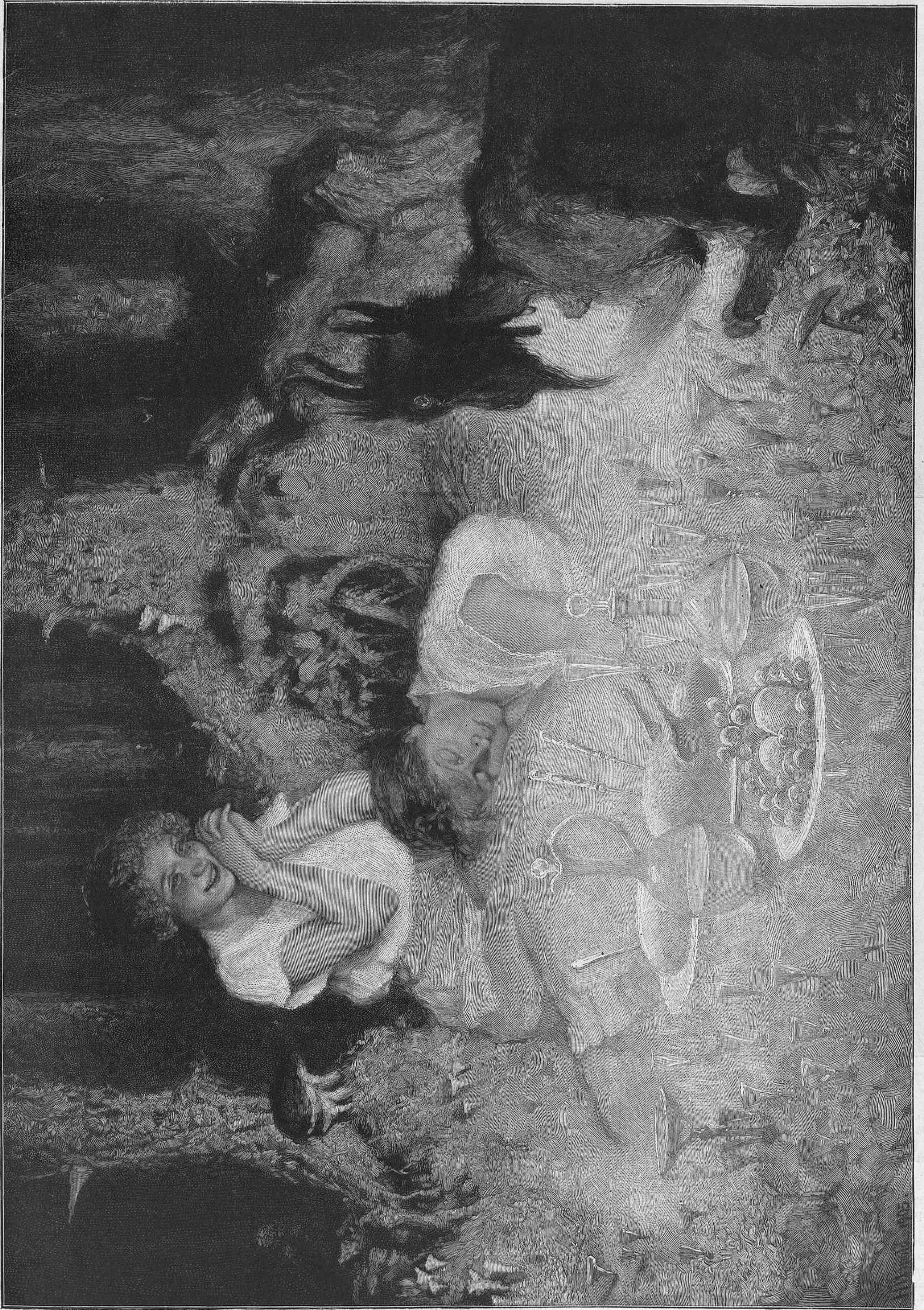
Cuando el caballero se llevó á Dosojitos, las hermanas de ésta sintieron gran envidia de su felicidad; pero se consolaron pensando: «De todos modos, aquí se queda el árbol maravilloso, y aunque no podamos arrancar sus frutos, la gente vendrá para verlo y se detendrá admirada, y quién sabe si será nuestra fortuna.»

Pero á la mañana siguiente el árbol había desaparecido, desvaneciéndose con ello sus esperanzas.

En cambio, Dosojitos, al asomarse á la ventana de su cuarto, pudo ver, con la natural alegría, que el árbol estaba allí, delante del palacio.

Dosojitos vivió largos años contenta y dichosa. Un día llegaron al palacio dos pobres mujeres pidiendo limosna, y en ellas reconoció Dosojitos á sus hermanas Unojito y Tresojitos, las cuales se habían visto reducidas á tan miserable estado, que tenían que ir mendigando de puerta en puerta un pedazo de pan.

Dosojitos las acogió cariñosamente, y fué tan bondadosa con ellas, que las dos se arrepintieron de todo corazón del mal que en su juventud habían hecho á su hermana.



CABRITA, CABRITA, PON LA MESITA, cuadro de Herberto Arnold, inspirado en un cuento de los hermanos Grimm. (Véase el artículo de la página anterior.)

LA CUESTIÓN DE MARRUECOS

Después de la toma de Zinat por las tropas del sultán y de la huída del Raisuli, no ha ocurrido suceso alguno que merezca la pena de ser consignado. En cambio han llegado curiosos pormenores de aquella operación de guerra, y como

el momento en que para animar á los suyos se ponía en primera fila para dar el asalto á la ciudadela...»

»La herida fué de poca importancia y el mismo kaíd pudo extraerse la bala, que envolvió cuidadosamente en su pañuelo, diciendo: «Esta bala ha de vengarme; con ella mataré al Raisuli.»

»Pero el Raisuli no se había descuidado, y cuando á las primeras claridades del día despertábase Si Bagdadi, ya el rey de las montañas estaba demasiado lejos para que pudiera alcanzarle la bala de su enemigo.

»Al amanecer los soldados imperiales reanudaron el ataque. Un proyectil bien dirigido derribó un lado de la casa, pero del interior de ésta no salieron tiros ni ruidos de ninguna clase, comprendiendo entonces los sitiadores que la fiera había abandonado su guarida.

»A la desbandada asaltaron el castillo y comenzó el saqueo, entre salvajes gritos, lanzándose todos como lobos hambrientos, registrando entre ruinas y charcos de sangre todos los rincones en donde podían encontrar algo que aumentara el codiciado botín de guerra.

»Esta es la costumbre conservada todavía entre los marroquíes y nunca se da el caso de que renuncien á ella; es el derecho de la rapiña, legitimado por la victoria. El jefe, para animar á sus tropas, les dice sencillamente: «Todo lo del enemigo es nuestro.» Y el egoísmo es para esta gente el mejor aguijón.

»De la casa del Raisuli robaron hasta las losetas del suelo, los montantes de puertas y ventanas, todo lo que era transportable y podía valer algún dinero...



MARRUECOS. — UNA CALLE DE TÁNGER

en nuestro anterior artículo sólo hablábamos de ella muy ligeramente, parécenos interesante reproducir algo de lo que desde Tánger escribe un corresponsal á un importante diario de Barcelona.

«El ex gobernador del Fash (el Raisuli), una vez destituido comenzó á dejar sentir los efectos de su venganza en las tribus que le habían hecho traición. Los robos y secuestros llenaron de espanto á los cabileños que se habían sometido al Maghzen, y Si El Guebbas dió orden de que saliese la columna en persecución del indomable bandolero.

»Unos 2.000 askaris, mandados por el kaíd Ben Bagdadi, to-



MARRUECOS. — TIPOS DE PARTIDARIOS DEL RAISULI

»Allí había de todo, rebaños enteros, millares de aves de corral, almacenes de provisiones, un granero lleno, muebles, objetos de valor de todas clases, etc.

»Fué un botín espléndido, magnífico; la solitaria Alcazaba de Zinat estaba ricamente provista y para todos hubo en aquella orgía de rapiña. Ningún soldado regresó con la bolsa vacía, con las manos desocupadas.»

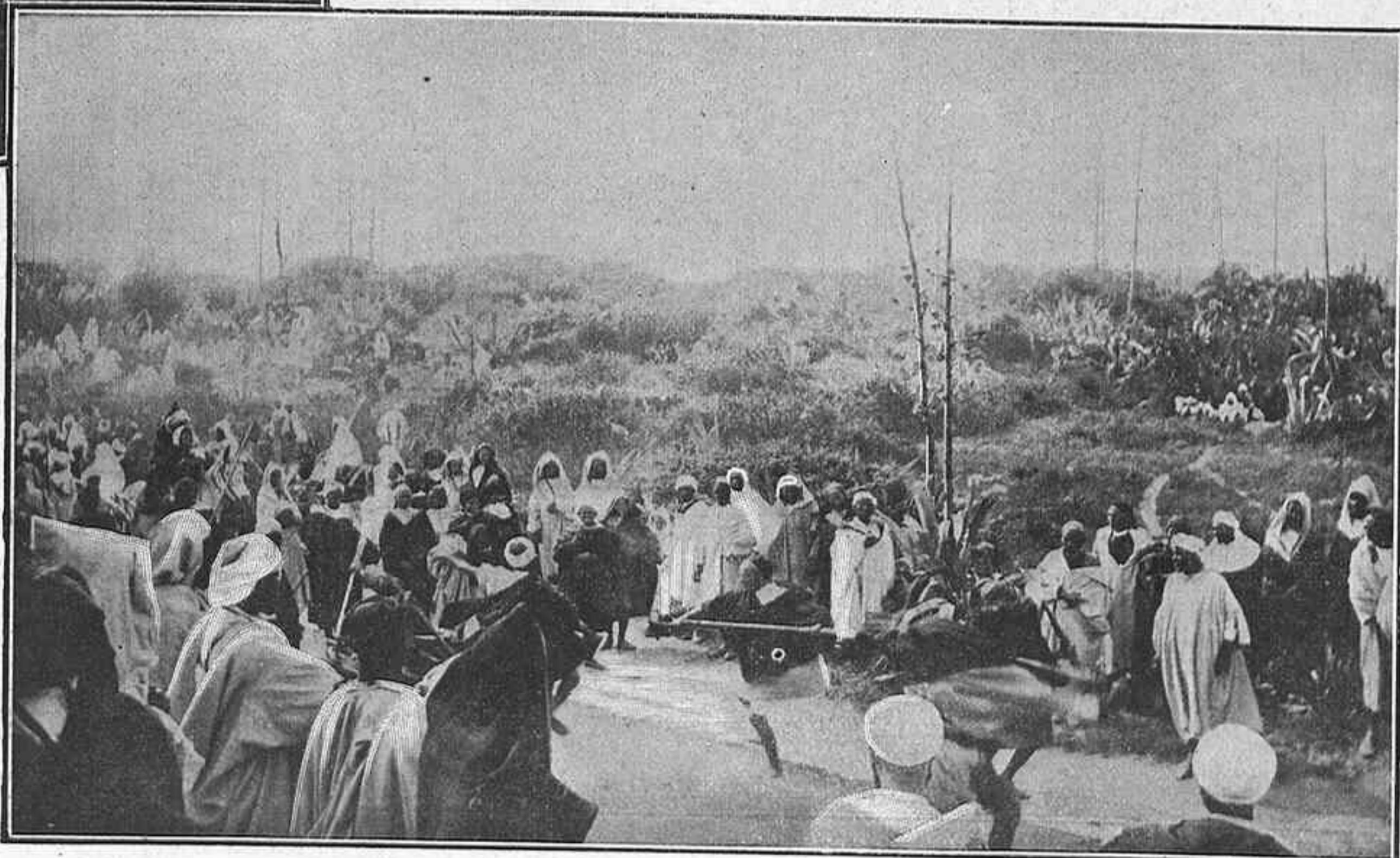
Al día siguiente el Zoco grande de Tánger ofrecía un aspecto animadísimo y en extremo pintoresco: los vencedores convirtieron allí en moneda el fruto de su saqueo; hasta se vendieron las rejas de hierro de la cárcel de Zinat en donde el Raisuli tenía encerrados algunos prisioneros, que fueron libertados por los de la mehalla.—S.



MARRUECOS. — CABILAS CONVOCADAS POR EL RAISULI PARA HACER FRENTE Á LAS TROPAS DEL SULTÁN

maron el camino de Zinat, acampando á un tiro de fusil de la ciudadela del Raisuli, quien, rodeado de 600 valerosos partidarios, púsose á la defensiva esperando el ataque. La fortaleza de Zinat es una sólida construcción recostada sobre una escarpadura granítica que asciende hasta llegar á las altas montañas que se alzan detrás del castillo, el cual queda, por este lado, inexpugnable. Gracias á tan excelente posición, el Raisuli pudo escapar hacia el monte después de doce horas seguidas de combate, en el que resistió valerosamente el ataque de las fuerzas imperiales. Unas 60 bajas y numerosas desertiones redujeron á un centenar el número de sus partidarios. Desalentado por este desengaño y comprendiendo la inutilidad de una resistencia temeraria, abandonó durante la noche su casa, en compañía de sus fieles adeptos y de quince mulos cargados de armas, municiones y objetos de más valor que pudo recoger en su huída.

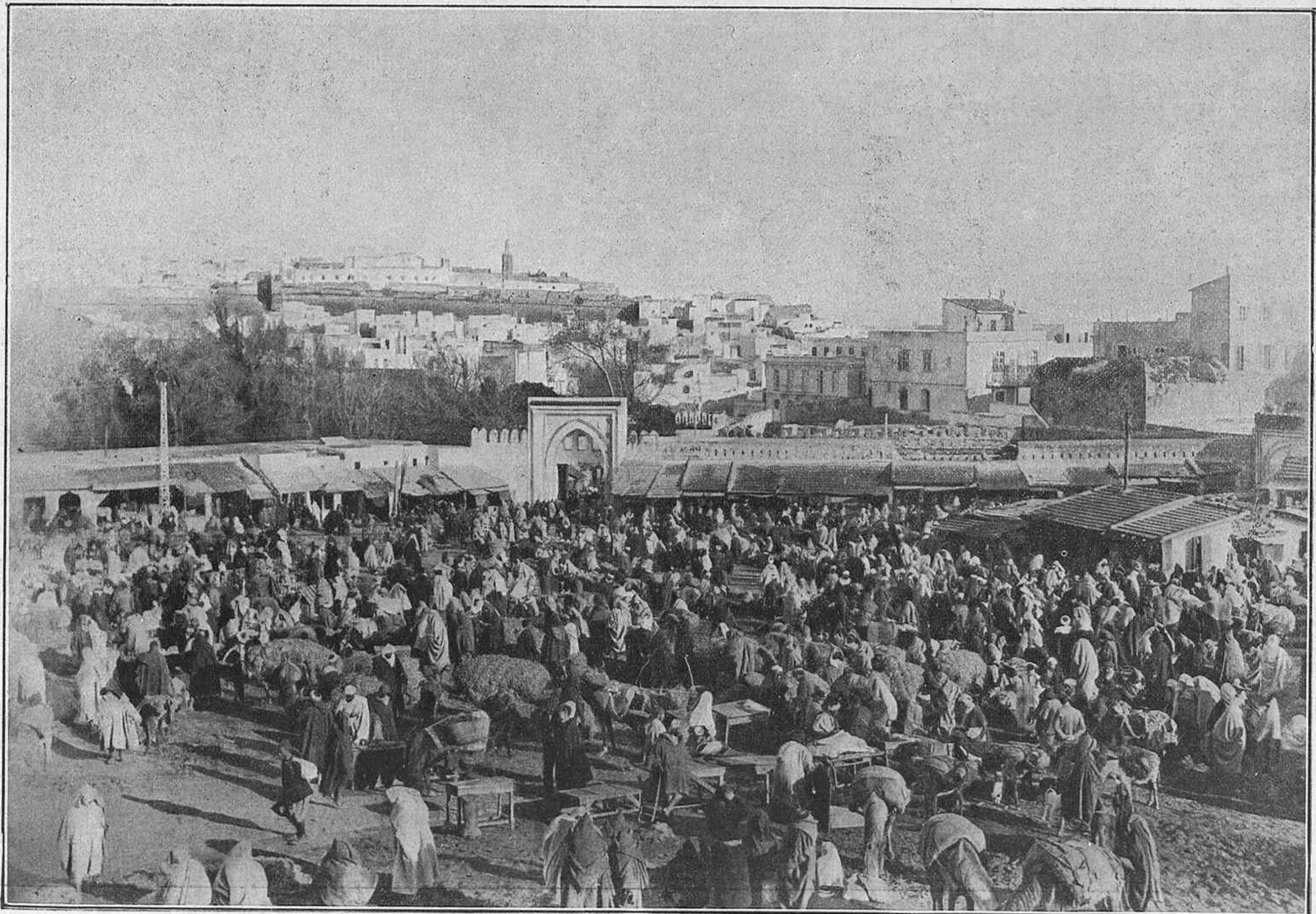
»Los sitiadores sufrieron también muchas bajas, habiendo sido herido en el cuello el propio comandante de la mehalla en



SOLDADOS MARROQUÍES EN LAS AFUERAS DE TÁNGER. (De fotografías de Guillermo Rittwagen.)



Marruecos.—Vista de Zinat, tomada pocos días antes de la batalla por un indígena al servicio del ministro francés en Tánger.
 En ella se ve al Raisuli (x) vigilando los preparativos para el caso de tener que emprender la huida.
 (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



Marruecos.—Vista del gran Zoco en Tánger en los momentos en que los soldados de la «mehalla» del sultán, de regreso de Zinat, vendieron el botín hecho en el saqueo de aquella población, en la que se había refugiado el Raisuli
 (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)



QUEVEDO, estatua obra del distinguido escultor Agustín Querol, que corona el monumento erigido en Madrid



LA REINA D.^a MARIA CRISTINA, retrato pintado por José Moreno Carbonero

MONUMENTO Á QUEVEDO

Otra obra notable del notable escultor catalán Agustín Querol nos complacemos en dar á conocer á nuestros lectores. Nos referimos al hermoso monumento que dedicado al poeta, al satírico, al filósofo, al pensador, D. Francisco de Quevedo, embellece la plaza de Alonso Martínez de la coronada villa. Bien merecía el insigne cultivador de la sátira, el poeta más popularizado de su época, que un artista de temperamento, que un escultor de valía indiscutible le dedicara el caudal de sus aptitudes y de su inteligencia para glorificar su memoria y rendirle esos honores póstumos que todos los países rinden á sus grandes.



Monumento erigido en Madrid á D. FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS, obra de Agustín Querol

Basta examinar la estatua para apreciar cuán acertado ha estado Querol, al interpretar la personalidad del poeta, representándolo en actitud reposada, cual si concentrara su pensamiento, desprovisto de toda pompa exterior, limitando su alegórica fantasía en las estatuas que embellecen el pedestal.

Bien haya nuestro amigo, por sus esfuerzos, que deseamos continúe desarrollándolos, en gracia á su buen nombre y del arte patrio.

LA REINA D.^a MARÍA CRISTINA,

RETRATO PINTADO POR JOSÉ MORENO CARBONERO

En las páginas de esta Revista nos hemos ocupado de lo que representa en el movimiento artístico de nuestra patria la personalidad de José Moreno Carbonero. La diversidad de sus obras, algunas de las cuales nos ha cabido la suerte de reproducirlas, confirman su valía y atestiguan la exactitud de nuestras afirmaciones. De ahí, pues, que hoy y con motivo de publicar el notable retrato de la reina D.^a María Cristina, que por su especial encargo y como obsequio ofreció á su hijo D. Alfonso XIII, con motivo de su enlace, pintó nuestro distinguido amigo, nos limitemos á observar que esta nueva obra demuestra una vez más su condición de colorista sin igual y de maestro dibujante, aparte de que, como retrato, refleja de modo admirable el modo de ser, el espíritu de la que durante un largo período ha desempeñado la Regencia.

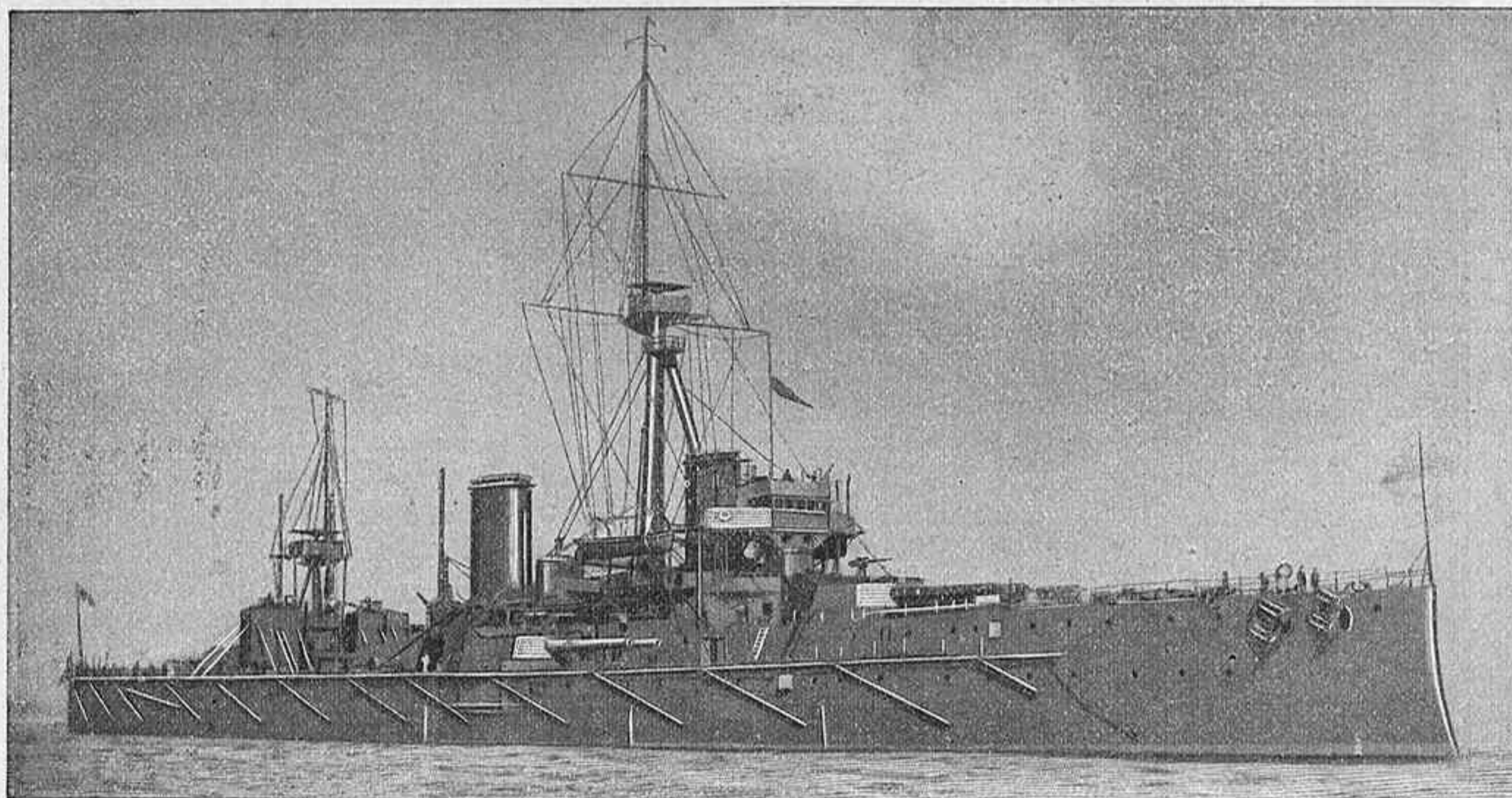
Es, pues, indudable que la producción á que nos referimos es digna del destino que se le señaló.

EL ACORAZADO INGLÉS «DREADNOUGHT»

PUESTO EN ESTADO DE SERVICIO

En el número 1.261 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos algunos datos sobre ese acorazado, el mayor de los

ahora la excelencia de ese sistema, hasta el punto de que en lo sucesivo podrá considerarse como retrógrada toda marina que no lo emplee. Las ventajas del mismo experimentadas en el *Dreadnought* son: extremada suavidad de los movimientos; ausencia absoluta de las vibraciones, tan fatigosas para el personal y el material de los buques provistos de máquinas de movimientos alternativos; simplificación de la vigilancia y del



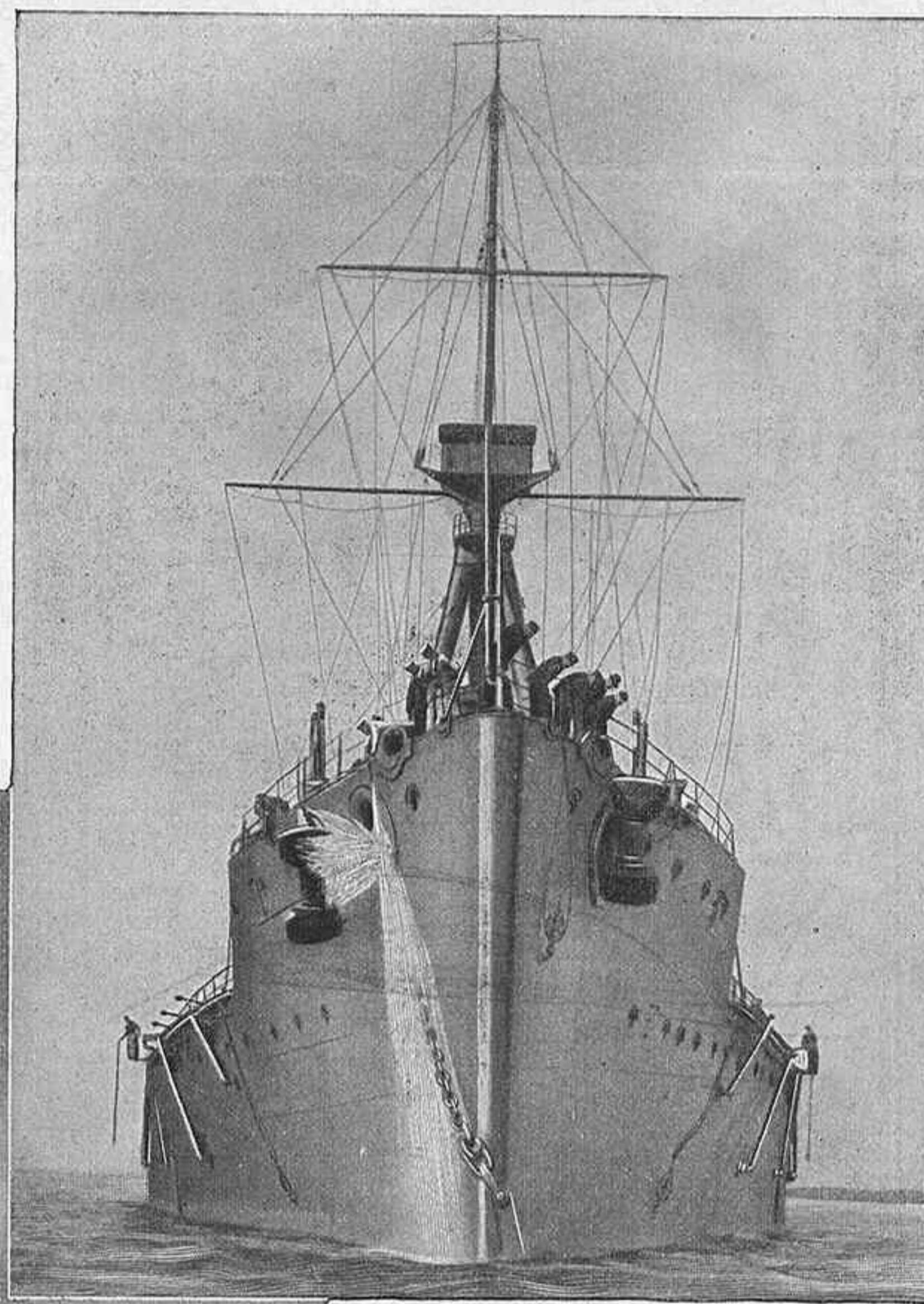
El acorazado inglés *Dreadnought*, de 18.600 toneladas y 22 nudos

buques de guerra que actualmente surcan los mares. Ya dijimos entonces que la construcción del *Dreadnought* había sido un *tour de force*, pues que se había realizado en 130 días; no menor ha sido el que se ha efectuado para montar el armamento y demás servicios del barco, que han quedado enteramente montados en menos de siete meses.

De suerte que actualmente, á los once meses de comenzadas las obras, el acorazado se halla en condiciones de prestar servicio. Las pruebas practicadas han dado resultados excelentes; las maniobras en alta mar y con mal tiempo han demostrado la perfecta estructura del buque, que evoluciona admirablemente. Contra los abordajes y las explosiones de torpedos se han adoptado las precauciones siguientes: un doble casco, y quizás en algunos puntos un triple casco, apoyado en series de celdas muy numerosas, localizarán en un espacio mínimo los efectos de las explosiones de los torpedos, que de este modo no podrán comprometer la seguridad del buque. Además, en los tabiques estancos no hay ninguna puerta, gracias á lo cual aquéllos ofrecen mayor resistencia y la seguridad de que el agua, en caso de invadir alguno de los compartimientos, no podrá penetrar en los otros por una puerta que se haya dejado abierta por descuido.

Las pruebas de las máquinas despertaron especial interés en los centros marítimos, por ser esta la primera vez que se aplicaba el sistema de turbinas á un buque de guerra de gran tonelaje; la experiencia ha probado

engrasaje de la maquinaria. Las turbinas ocupan menos sitio que las máquinas ordinarias, y el peso que representan puede ser colocado más cerca del fondo del buque, lo que favorece la estabilidad de éste. En las pruebas del *Dreadnought* no se forzó en ningún momento la máquina, y, sin embargo, se obtuvieron con gran facilidad los siguientes resultados: durante 30 horas, 5.000 caballos, 13 nudos; durante 30 horas, 16.630

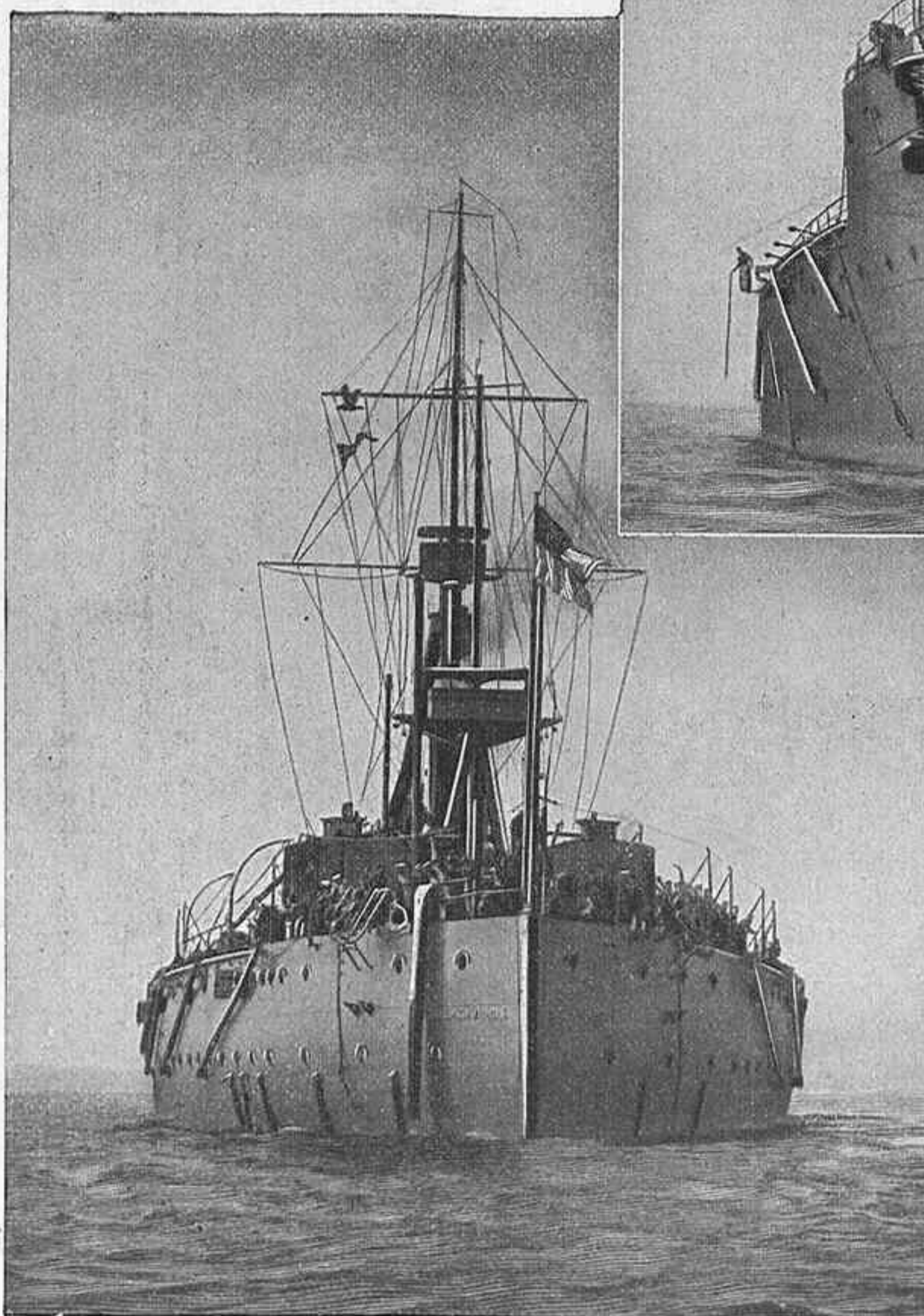


El *Dreadnought*, visto de proa

caballos, 19,3 nudos; durante 8 horas, 24.712 caballos, 21,25 nudos. En opinión de los maquinistas, podrá conseguirse, forzando las máquinas, una velocidad de 23 á 24 nudos. El consumo de carbón, á toda potencia, ha sido de 0'681 kilogramos por caballo y hora.

El *Dreadnought* no lleva más que una clase de cañones, aparte de sus numerosas piezas ligeras para defenderse de los torpederos; su artillería se compone de 10 piezas de 305 milímetros, acopladas á pares en cinco torrecillas acorazadas, colocadas dos en los extremos de proa y popa, dos en los costados y una en el centro. Esos cañones son del género llamado *Wire guns*, y su alcance útil es de 12.000 metros.

Las pruebas de esa artillería gruesa han sido rigurosísimas y han dado los mejores resultados, sin que las partes del buque sufrieran la menor avería, ni siquiera cuando se dispararon á la vez ocho cañones, determinando la explosión simultánea de 924 kilogramos de cordita que lanzaron al espacio 3.072 kilogramos de acero en forma de proyectiles. — S. J.



El *Dreadnought*, visto de popa



EL MIEDO Á LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX,

coronada por la Academia francesa.

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ.

(CONTINUACIÓN)

Su propia desesperación que nadie debía conocer, que ahogaría en el silencio y en el misterio, le inspiraba aquellas amargas respuestas. Marcelo herido por tales palabras, se entregó á sus meditaciones, y apresuró el paso, irguiendo aún más su cuerpo al subir la cuesta. Ella, arrepintiéndose, le alcanzó, cogióle la mano para detenerle, y toda conmovida le dijo:

—Oye, no hagas caso de mis palabras. Estaba de mal humor; perdóname; debo engañarme. De seguro me engaño. Esta tarde he podido ver que le gustas. Además su madre ha estado contigo sumamente amable.

El escuchaba, pero la tristeza no desaparecía de su rostro. Paula siguió diciendo:

—Desde la muerte de papá he visto tantos cambios con respecto á nosotras, que mi carácter se ha agriado. No puedo tragar una sociedad que achica lo que admiramos y se burla de nuestros entusiasmos. ¿Has oído lo que decía Isabel? Pero si Alicia se casase contigo, ¡qué pronto se transformaría! Es tan buena, tan dulce, tan delicada. ¡Y además es tan guapa!

—Sí, dijo con melancolía, es muy guapa.

El bosque iba obscureciéndose. Los delgados troncos de los álamos y las encinas mezclaban sus copas completamente negras. Por entre los árboles los dos hermanos veían el prolongado crepúsculo de las tardes de verano que se resiste á huir ante la noche.

Al llegar cerca del Maupas, él se paró de repente:

—No, no te engañas. Sin embargo, habla con Alicia. Explícale mi pasado, mi porvenir, lo que constituye mi orgullo y mi fortuna. La llevaré á Argel, que es una ciudad encantadora.

Paula comprendió, y dijo mirando á su hermano con ternura y emoción:

—¡Ah! Si la quieres tanto, todo cambia. Haré lo que quieras.

Él insistió:

—Háblale mañana mismo. Mañana almorzamos en la Chênaie con el prometido de Isabel Orlandi.

—¿Mañana?, dijo.

No la habían invitado directamente. Pero no se fijó en la incorrección, y añadió:

—¿No sería mejor hablar antes á sus padres?

—No. No quiero que mamá se exponga á una petición inútil.

Al franquear la verja, ella murmuró:

—¡Cuánto deseo que seas dichoso!

Él sonrió.

—No quiero decir nada aún á mamá. A ella no le gusta esa clase de gente; ni á mí tampoco.

Y confesando su derrota, exclamó:

—¡Pero á ella, á ella la adoro!

V

EL SECRETO DE ALICIA

El marido plebeyo y la mujer aristócrata no constituyen, ni siquiera en provincias, un matrimonio

chic. Se les considera como de *media sangre* y no pueden llegar á más. Y se cubren de ridículo cuando uno de ellos permite que el otro, para disimular su mal casamiento, recuerde sin cesar su origen y hasta lo estampe en sus tarjetas.

El Sr. Dulaurens había tenido ocasión de experimentar en su casa el poder del prejuicio aristocrático. Respetaba las opiniones de su esposa, y gracias á ella sentía adoración por todos los reyes, hasta los desterrados: llevaba su realismo al último extremo. Los títulos nobiliarios le deslumbraban, incluso los que la república de San Marino concede por dinero, y que su respeto profundo no le permitía adquirir. Esta actitud de subordinación, si no consolaba por completo á su esposa de su desigual alianza, por lo menos lisonjeaba sus instintos dominadores.

De igual modo que mandaba en su marido y en su casa, mandaba en sus hijos y especialmente en Alicia. Pertenecía al número de las madres que confunden la felicidad de su hija con su propia felicidad, y creen sinceramente asegurar la primera, cuando en realidad sólo se ocupan de la segunda. Su pasión maternal, que tenía del amor el carácter invasor, calmaba los ardores de ternura de su naturaleza, que no habían podido satisfacerse en el matrimonio.

Aquella mañana estaba organizando con solicitud el porvenir de Alicia, á quien acababa de transmitir, por pura fórmula, la petición de su mano hecha por Marthenay. Pero, preocupada ante todo por el almuerzo que ofrecía con motivo de los esponsales de Isabel Orlandi, se levantaba á cada instante de su sillón para dar órdenes, y no se cuidaba de observar á su hija ni de obtener su consentimiento. Maniobraba como un conquistador que se olvida de que pueden existir obstáculos á sus deseos. Además, se ocupaba con cierto desenfado de un asunto de tanta gravedad, porque pensaba en él desde hacía largo tiempo, y lo consideraba como un pacto de familia natural y casi inevitable.

Al volver de un tercer viaje á la cocina, resumió todas las ventajas de aquel casamiento:

—Nobleza muy antigua y auténtica. Muy buenas relaciones. Su fortuna no es más que regular, pero ya es sabido que nuestros nobles no son comerciantes. Y por último, Armando es un buen mozo.

Llamaron á la puerta de la habitación, y apareció la cocinera toda alarmada gritando:

—Señora, la crema no cuaja dentro de la heladora.

—Ponga usted más hielo y añada un poco de sal, contestó con voz seca.

Y siguió diciendo, apenas se cerró la puerta:

—Además, hija mía, te quedas á mi lado. He insistido mucho sobre este punto. Ha sido la condición esencial para aceptar la petición. Armando me ha prometido no moverse de Chambéry. Si algún día le destinan á otro sitio, pedirá el retiro y se acabó; así lo hemos convenido. De este modo no nos separaremos. Pues yo no podría vivir separada de ti.

Y cuando iba á conmovirse volvieron á llamar á la puerta.

—¡Adelante!, dijo con impaciencia.

Era el jardinero, que venía á enseñar las flores para la mesa á fin de recibir los elogios.

—¡Alicia, mira qué claveles!, murmuró distraidamente. ¡Mira, mira qué rosas y qué jazmines! Muy bien, muy bien, Pedro.

Y por último miró á su hija, cuyo silencio empezaba á extrañarle. Alicia estaba mortalmente pálida y con los ojos bajos. Al alzarlos encon-

tró la mirada de su madre, y no pudiendo más, rompió en sollozos. Esta la cogió en sus brazos diciéndole:

—Pero, hija mía, ¿qué tienes?

—No sé. ¿Por qué quiere usted casarme tan pronto? Yo soy muy dichosa á su lado, mamáita.

Su madre le acarició la cara y los cabellos, como cuando era pequeña.

—Pero, chiquilla, si te quedas á mi lado. ¿No has oído que no tienes que moverte de aquí?

Y vagamente inquieta añadió sonriendo:

—¡Vaya una condesita de Marthenay más mona! Y el conde, ¿te gusta?

—¡Oh! ¡No sé!

Esta era su tímida manera de decir que no. Su madre tuvo un presentimiento de ello y añadió:

—Fijaremos el casamiento para cuando tú quieras.

Al oír estas frases, que daban al temible suceso una realidad inmediata, Alicia se estremeció de pies á cabeza, y con voz desgarradora protestó:

—¡No, no! ¡No quiero! ¡Mamá, mamá, no quiero!

Estupefacta, la señora Dulaurens sufría á la vez en su afecto y en su voluntad. Pero mujer de mundo que no olvida el momento presente, comprendió que la hora de las explicaciones había sido mal elegida; se apresuró á decir:

—Hijita, cálmate. Comprendo tu emoción. Todo se arreglará. La hora del almuerzo se acerca. Nuestros invitados van á llegar. Por favor, seca tus lágrimas y ten confianza en tu madre, que te quiere mucho.

Y apenas Alicia acababa de tranquilizarse cuando avisaron que las señoras de Orlandi esperaban en el salón.

Mientras Alicia iba á recibir á los invitados, su madre quedóse reflexionando. No se preocupaba mucho de la extraña negativa de Alicia y sólo veía en ella un capricho infantil tan fácil de destruir como pronto á nacer. Pero presentía la causa y se acusaba de ello.

—Yo he traído aquí al capitán Guibert, pensaba. Tengo yo la culpa de lo que pasa. ¡Y para cómo se me ocurrió convidarle hoy á almorzar!

Y en su cólera contra el joven capitán, en quien veía un adversario de sus proyectos, llegaba á creerse su protectora y á considerarle como un ingrato, pues concedía á sus invitaciones un poder de gloriosa publicidad.

Paula y Alicia

Después del almuerzo, la señora Dulaurens no pudo menos de sentir una nueva inquietud cuando al buscar á Alicia con los ojos, como de costumbre, la vió atravesar el salón y marchar hacia el bosque de encinas del brazo de Paula Guibert. Y mientras repartía elogios y sonrisas á las señoras Orlandi y Songeon, que no la dejaban en paz, se decía á sí misma:

—Estoy segura de que ahora me la están engatusando.

Y mirando hacia el capitán, que hablaba con su esposo y el Sr. Landeau, sorprendió su mirada pendiente de las dos jóvenes.

—No me equivoqué. Ahí está el peligro.

Poco acostumbrada á reflexionar y rebelde á toda discusión que pudiese debilitar su autoridad, no se detuvo en pensar si era conveniente entregar á aquel hombre de honor el porvenir de Alicia, en el caso de que el tierno corazón de ésta se hubiese inconscientemente comprometido. Comprendía sin confesárselo que la comparación debía ser desfavorable á Marthenay, á quien el rumor público le atribuía un enredo vergonzoso, y cuya carrera militar no tenía gloria ni porvenir alguno. Instintivamente separó de su pensamiento esta posible rivalidad, que venía á turbar, á última hora, un casamiento para ella irrevocable, que lisonjaba al par que su vanidad inconsciente, su egoísmo maternal, más inconsciente aún. Elegía para su hija lo que ella hubiese elegido para sí, y ni siquiera ponía en duda su prudencia y desinterés.

Isabel Orlandi, deteniendo al pasar á Juan Berlier que se dirigía al grupo de hombres, le murmuró al oído:

—¿Qué tal le parece?

—¿Quién?

—Landeau.

—Ni bien ni mal.

—Habla poco, pero dice todo lo que piensa.

Y se echó á reír, enseñando sus dientes blancos, que reflejaban la luz, y por segunda vez Juan comprendió que aquella risa sonaba á falso. La comparó á los cantos que se oyen de noche en el silencio del campo, acusando la presencia de algún caminante retrasado, lleno de miedo en la soledad.

Inmóvil y callado, el Sr. Landeau se comía con los ojos á su prometida. Veíase que sentía por ella una de esas pasiones que en el ocaso de la juventud robustecen en vez de debilitar, cuando hacen presa en corazones hasta entonces vírgenes de amor. Era un hombre de edad madura, cuyo cuerpo fornido estaba falto de distinción. No tenía costumbre de frecuentar la sociedad, y se aturrullaba fácilmente ante las gracias y frases que constituyen su fuerza y todo su encanto. Los veinticinco años de Juan Berlier, su ingenio y su elegancia, acentuaban aún más su edad y su rudeza. Desde lejos contemplaba á Isabel, deslumbradora con su traje blanco, como á un ídolo á quien no se atrevía á acercarse. Y la joven, cruel, parecía olvidar hasta la enojosa presencia de aquel esclavo millonario...

A través de las copas de las encinas, los rayos del sol resbalaban hasta el suelo, tapizado por las hojas de los años anteriores. Las dos jóvenes siguiendo lentamente el sendero, con los brazos enlazando las cinturas, tenían los rostros unas veces en sombra, otras en plena luz. Los árboles centenarios, de troncos rectos, las cubrían con sus ramas protectoras, las envolvían con su serenidad profunda. Alicia, de cabellos rubios, iba vestida de color rosa; el pelo negro de Paula y su traje de luto hacían resaltar la blancura de su tez. Imágenes de la gracia y de la melancolía, pisoteaban la muerte sin preocuparse, como debe hacer la juventud triunfante. Iban alegres, animadas, encontraban sin darse cuenta su antigua amistad del colegio, y de cuando en cuando se paraban para sonreírse.

Sin embargo, ellas no se explicaban su recíproca excitación. Cada una llevaba en el alma un gran secreto. Alicia, que se creía muy valiente después de la escena de aquella mañana, ardía en deseos de ganarse con una confidencia el cariño de su compañera. Paula, emocionada, pensaba en su hermano, cuyo amor iba á anunciar.

—¿Se acuerda usted, Paula, de nuestras conversaciones en el Sagrado Corazón?

—¡Oh! ¡Apenas me acuerdo de ellas!

—Un día hablábamos de casamientos. Raimunda Ortaire, que era de las mayores, siempre quería tocar este tema. Un día dijo: «Yo sólo me casaré con un hombre rico y aristócrata.» Cada una tuvo que formular su ideal. Al llegarme la vez dije: «Yo no sé.» Usted, Paula, aún creo ver sus ojos sombríos que brillan tanto, sobre todo de noche ó cuando están tristes; usted dijo, como despreciando todos nuestros sanos ideales: «Para casarse hay que amarse, y nada

más.» Raimunda se rió, pero todas las demás tuvimos ganas de pegarle.

—¿Usted también?, dijo Paula con ironía afectuosa.

—Yo también, sí. ¿Le extraña á usted? Si usted me hubiese visto esta misma mañana no le extrañaría tanto.

La sangre que coloraba algo las mejillas de Alicia, daba á su rostro una expresión animada que aumentaba su encanto, y su andar parecía menos lánguido y perezoso que de ordinario. Paula, que miraba con cariño la suavidad de sus perfecciones, reprochándole sin embargo su exceso de blanda dulzura, se sorprendió de aquel nuevo ardor, y auguró en seguida un resultado favorable á su misión.

—¿Esta mañana misma?, preguntó.

—Sí. Esta mañana misma, contestó Alicia gravemente, he rechazado una petición de matrimonio.

Y se calló para gozar un instante del efecto producido. Es siempre agradable para una joven participar que ha rechazado á un pretendiente. Un pensamiento más delicado le impulsó á añadir:

—Supongo que guardará usted el secreto. Además yo no diré el nombre del pretendiente.

Paula, que había adivinado, sonrió algo inquieta. Nerviosísima esperaba más explicaciones. Empezaba á temblar por quien le enviaba como mensajera de paz.

—¿Sería indiscreto preguntar por qué ha rehusado usted?

Alicia se paró. Un rayo de oro que atravesaba las hojas de los árboles caía sobre sus rubios cabellos. Inclínaba hacia adelante su cuerpo flexible, y reía cual una flor en primavera:

—*¡Para casarse hay que amarse, y nada más!*

—Entonces, ¿usted no ama?

—No.

—¿A nadie?, preguntó atrevidamente Paula.

—A nadie.

Y se puso colorada. ¿Se puso colorada por aquellas palabras que su timidez natural creía audaces, ó por el temor de haber alterado la verdad?

Paula se acercó á Alicia y con uno de sus brazos rodeó su delgado talle. Después muy junto al oído, en la sombra tranquila del bosque, murmuró rápidamente, con miedo, asustada de lo que se atrevía á decir:

—¿No sabe usted que Marcelo la adora? Sólo usted ocupa su corazón. ¿Consentirá usted en ser su esposa? Sólo de usted espera la dicha.

Las dos estaban igualmente emocionadas, y bajaban la vista al suelo hacia las hojas secas que no veían. Las dos alzaron los ojos al mismo tiempo, se pusieron encarnadas y con un impulso lleno de gracia se abrazaron llorando.

Paula se serenó antes que Alicia, y contempló con un nuevo sentimiento aquella encantadora criatura que se apoyaba en ella, y que sin decir una palabra se había convertido en su hermana. Alicia, deliciosamente conmovida, se asustaba ante aquella emoción demasiado intensa que ardía en deseos de sentir; temía caer en culpa abandonándose á ella, y sin embargo á ella se abandonaba. Esta primera impresión del amor le dejaba adivinar las secretas regiones de su alma virgen é infantil. Su corazón se abría como esas rosas que siendo á la víspera aún capullos, al amanecer reciben el rocío en su cáliz abierto.

—¿Verdad que sí?, preguntó Paula con dulzura.

Y con voz débil como un soplo, Alicia contestó por fin:

—Sí.

Dándose la mano, siguieron el paseo, la una oyendo dentro de sí los cánticos de su dicha; la otra olvidándose de ella misma, gozando plenamente de una alegría que no le estaba destinada.

—Será usted mi hermana, dijo Paula. ¿Cuánto la quiero! ¡Marcelo merece ser muy dichoso! Ha sido muy bueno con nosotras. No es posible imaginárselo. Al morir mi padre, hemos pasado momentos muy crueles, y mi hermano nos ha ayudado con su energía y sus recursos.

Alicia oía con un placer especial aquellos elogios que evocaban una situación penosa. No se preocupaba de la riqueza é ignoraba su importancia. Pero no podía imaginarse una escena amorosa sin un ambiente apropiado. Ignorando la vida, concebía falsamente su magnitud y nobleza. ¿Y cómo era posible que pudiese verla en su realidad?

Aquellas impresiones eran débiles y fugitivas. Su alegría no amenguó por ello. Marcelo la amaba y Paula la hablaba con mucho cariño. Necesitando dar fuerzas á su valor, interrogó á su amiga acerca del porvenir:

—¿Y ahora qué vamos á hacer?

—Mi madre vendrá á la Chênaie á pedir su mano. Es preciso avisar á sus padres. Su madre, que la quiere tanto, seguramente no se opondrá á su di-

cha. Y su padre hace siempre lo que su madre quiere.

Las encinas que les daban sombra, en aquel sitio unían tanto sus ramas que no dejaban pasar la luz del sol. Alicia se había puesto pensativa; acababa de salir de su luminoso sueño de amor para entrar en la realidad, cuyos golpes temía instintivamente. Preguntó:

—¿Deberé marcharme... con Marcelo?

Siendo niña le llamaba de este modo, y ahora que era su prometida no se atrevía á pronunciar aquella palabra que le quemaba los labios.

—¡Claro! ¡Como que será usted su esposa!, contestó Paula extrañada.

—Sí, sí, claro. ¿Y marcharemos muy lejos?

—A Argel.

—¡Oh! ¡Qué lejos! Mi madre no querrá.

Y sus hermosos ojos se velaron. Veía que su dicha se escapaba.

—Tal vez por complacerla no marche en seguida á Argel. Pero, Alicia, no ponga usted obstáculos á su carrera. Es siempre peligroso, y además á Marcelo le espera un brillante porvenir.

—¡Oh! Querida Paula, yo no me siento heroica. Jamás podré ser una verdadera Guibert. Pero él, ¿no ha sido ya valiente en demasía?

Paula no pudo menos de reírse.

—Nunca se peca por exceso. Y nosotras, Alicia, que no vivimos vida exterior, que sólo guardamos el hogar, debemos por lo menos alentar á nuestros hermanos, maridos é hijos con nuestra ternura vigorosa é inteligente. Debemos mostrar predilección por aquellos hombres que son valientes y útiles.

—Jamás he pensado en estas cosas, dijo Alicia.

—Y sin embargo, usted ama á Marcelo.

—Es que aun cuando no fuera un héroe seguiría queriéndolo lo mismo.

—¡Ah!, exclamó Paula.

Y á media voz, como hablando para ella misma, añadió:

—Yo nunca me atrevería á reducir el campo de acción de mi marido.

Su compañera apenas la oyó; seguía sus propios pensamientos.

—Puesto que me ama, ¿no es mejor que se quede aquí conmigo, junto á mi madre y la suya? ¡Seríamos tan felices! Nuestra fortuna nos bastaría para vivir.

—No querrá nunca, replicó Paula.

Y desdeñosa, olvidando en su altivez su misión pacífica, añadió:

—¿De modo que usted no marcharía con él?

Alicia comprendió el desdén que encerraban estas palabras y protestó con ardor:

—¡Oh! Sí. Yo le seguiré á todas partes, toda vez que le amo. Por mí no hay inconveniente alguno..., pero...

Dudó un momento, y después murmuró con una triste dulzura:

—Mi madre se opondrá.

—Su madre la mima y querrá ante todo su dicha.

—Sin duda alguna. Pero quiere que la disfrute á su lado, para participar de ella. ¿Acaso no es natural?

Paula pensaba en su madre, que había sufrido tantas separaciones y jamás había desviado á sus hijos del camino emprendido. Se calló y sus ojos sombríos ya no recobraron la animación. Alicia le cogió una mano, después la soltó y se echó á llorar.

—Paula. Tengo miedo. ¡Oh, sí, tengo miedo! Pero le quiero mucho.

Estas palabras dichas á su amiga iban dirigidas á Marcelo. Paula, cual si fuese una hermana mayor, calmó aquel dolor de su temerosa hermanita.

—Alguien viene, dijo de repente, oyendo ruido de hojas. Cuidado.

—¿Se conoce que he llorado?

—No, casi nada. No se frote los ojos.

Y en voz baja añadió:

—Tenga usted valor y esperanza. ¿Me lo promete?

—Sí.

—Querida hermanita...

Alicia sonrióse, tranquilizada con este dulce nombre.

Al doblar una esquina del sendero vieron á Isabel acompañada de Juan. Ella hablaba con animación casi febril.

—Miren ustedes, dijo á las dos jóvenes.

Y les enseñaba su mano izquierda, en donde brillaban un rubí y una esmeralda.

—¡Dos sortijas de esponsales!

—¿Dos sortijas?, repitió Alicia alegremente.

—Sí. El Sr. Landeau se muestra grandioso y magnánimo. ¡Lástima que no pueda enseñarles mis alhajas! Llenan un cofrecillo de regular tamaño. Tenía que elegir un aderezo; pero como dudaba entre los más hermosos, mi generoso prometido con gesto lleno de nobleza dijo sencillamente: «Quédese usted con todos.» Y me he quedado con ellos para com-

placer á mamá. Vean estos impertinentes con el mango incrustado de pedería.

—¿Pero es usted corta de vista?, preguntó Juan.

—No. ¡Pero es *chic!*, dijo Isabel, mirándole con los lentes y saludándole ceremoniosamente.

Mientras Isabel se burlaba de los regalos de su prometido, Paula contemplaba las hojas secas amontonadas al pie de los árboles.

La señora Dulaurens, acompañada del capitán Guibert y el Sr. Landeau, se acercó á su vez.

Inquieta por la ausencia prolongada de su hija, había propuesto á sus invitados un paseo por el bosque de encinas. Al llegar junto á Alicia respiró satisfecha. Sin embargo, observó que estaba muy encarnada y notó una ligera turbación en su actitud.

—Es hora, pensó, de alejar á nuestro héroe.

Detrás de ella, Marcelo contemplaba también á Alicia. La contemplaba con la ansiedad del amor que aún duda. Pero pronto bajó sus ojos, y al bajarlos encerraban la paz divina del amor que ya no duda.

Las señoras Orlandi y Songeon, acompañadas del señor Dulaurens, se unieron al grupo ya numeroso. Por la avenida de plátanos siguieron hasta la verja para despedir á Paula y Marcelo, que se marchaban.

Frente á la verja, al otro lado de la carretera de Chauloux, ante una humilde cabaña jugaban al sol una porción de chiquillos, desgreñados, descalzos y con la cara respirando salud. Estaban gritando, unos riendo y otros llorando, y su madre salió al umbral de la puerta á poner paz. Era una campesina de rostro ajado, pero simpático, y cuya cintura deformada acusaba una maternidad próxima.

—Son pobres, dijo la señora Dulaurens á la vista de aquel espectáculo, y á pesar de ello siguen teniendo hijos. Ya tienen siete, y vean ustedes á la madre.

—¡Siete hijos! ¡Qué horror!, dijo la señora Songeon volviendo la cara con mueca despreciativa.

—¡Esto es tentar á Dios!, añadió la señora Dulaurens.

La señora Orlandi murmuró:

—En un cuadro sería esto muy bonito. Pero al natural me resultan sucios y molestos.

—¡No los tiene quien quiere!, dijo entre dientes la campesina, que había oído los comentarios.

Y cogiendo al más chiquitín de ellos lo estrechó contra su pecho.

Isabel se echó á reír y dijo á su prometido mirándole fijamente:

—Oiga usted, ¡yo no quiero hijos!

El Sr. Landeau sonrió sin ganas. Algo de malestar siguió á esta salida, á la vez ingenua y cínica, que sólo agradó á la señora Orlandi.

—¡Esta Isabel!

Alicia abrazó á Paula al despedirse de ella, y al inclinarse, Marcelo pudo admirar la lánguida belleza que envolvía todo aquel cuerpo, comunicándole una gracia vaporosa. Con el amor hacia ella se mezclaba el deseo de protegerla. Hubiese querido infiltrar su joven energía á aquella criatura cuya delicadeza frágil le llenaba de una emoción casi religiosa.

Al quedarse sola con su hermano, Paula acarició á los chiquillos, que habían suspendido sus juegos ante aquellas miradas cuya hostilidad adivinaban.

—¡Pobrecitos!, exclamó con un gesto de indignación que brillaba en sus negros ojos. Nuestra sociedad no es partidaria de vosotros.

La campesina, lisonjeada, sonrióse diciendo:

—Hay una pila de ellos, y crecen como la mala hierba.

—Dios es bondadoso y la tierra es grande, dijo el

capitán, que recordaba la alegría de su padre cuando veía niños robustos, esperanza de los futuros tiempos.

—Sí, Sr. Guibert. Mi madre tuvo doce hijos; yo tengo tres hermanos en París y cuatro en América. Están muy lejos, pero viven.

Como no había salido nunca de su pueblo, con-



¡No, no! ¡No quiero! ¡Mamá, mamá, no quiero!

—¡Ni siquiera para dar de comer á un gato!

—Adiós, dijo Paula. ¡Y no pierdan nunca la esperanza!

En la mano coloradita del más chiquitín de todos puso una moneda de plata que había economizado para comprarse unos guantes.

Al llegar al bosque de Montcharvin, Paula se paró y sonrió á su hermano.

—¿No me preguntas nada? ¿Has hablado con ella?

—No; pero sé lo que te ha dicho. Acepta, ¿verdad?

—Sí. Esta mañana misma ha rechazado á Marthenay; me lo ha dicho en secreto. Te ama. Es encantadora. Pero tendrás que tener valor para ella y para ti.

Él no se fijó en estas últimas palabras. Y ni él ni ella volvieron á hablar.

Sentían por sus sentimientos íntimos el mismo pudor. Al franquear la puerta, á la caída de la tarde, Marcelo dijo á Paula:

—Es preciso decirselo á mamá. Tú que eres mi pequeña providencia se lo dirás.

—Sí. Ahora mismo se lo contaré todo.

Más tarde, durante la velada, después de haber escuchado á su hija, la señora Guibert permaneció callada por largo tiempo.

—¿Podemos considerar esto como una dicha?, murmuró por fin.

—Es muy buena y cariñosa, dijo Paula.

Y su madre añadió:

—¡Ojalá le haga feliz! Yo hubiese querido para él una mujer menos rica y más enérgica. Pero toda vez que él la ama, nosotras la amaremos. Roguemos á Dios por su dicha.

Y no se imaginaba que pudiesen rechazar la petición de su hijo.

VI

EL SEÑOR Y LA SEÑORA DULAURENS

Alicia Dulaurens se prometía, cada mañana al levantarse, emplear el día en inclinarse á sus padres hacia el matrimonio cuyo solo pensamiento le llenaba de dicha, y al llegar la noche, sin haberse atrevido á hablar, lo dejaba para el día siguiente. Pronto se vió reducida á un plazo muy corto: su amiga Paula la informó del día en que irían á pedir su mano.

La noche antes aún no había dicho nada. Nerviosísima, se acostó tarde y se levantó temprano, creyendo de este modo ganar tiempo. Las horas pasaban veloces y su amante corazón temblaba. Espiaba á su padre ó á su madre para hablar con uno de ellos aisladamente, y como les pasa á los tímidos, nunca encontraba ocasión favorable para ello.

—Mamá ahora está sola en su cuarto.

Y corría allí, y salía en seguida lentamente porque su madre estaba escribiendo.

—Será mejor que vuelva más tarde.

Algo más animada se ponía á buscar á su padre.

—Papá ahora está paseando por el jardín.

Y le encontraba hablando con el jardinero.

Y de este modo iba encontrando mil pretextos para retrasar sus confidencias. Hasta que por fin se tranquilizó prometiéndose á sí misma hablar después del almuerzo.

—Es el momento en que se está mejor dispuesto, se dijo para disculparse.

Desgraciadamente para sus proyectos, la señora Orlandi se invitó á almorzar. A las doce dadas llegó, llevando

bajo el brazo á Pistacho, á quien jamás abandonaba, y comenzó su cháchara de italiana cariñosa y entrometida:

—¿Supongo que no les molesto? Como ustedes son tan simpáticos y á mí me fastidia comer sola, vengo á almorzar con ustedes, pues Isabel ha marchado á Lyon, en compañía de la doncella, para ocuparse del *trousseau*. Un casamiento trae muchos quebraderos de cabeza: yo ya no puedo más.

—Me alegro mucho de que haya usted venido á hacernos compañía, contestó la señora Dulaurens, que apenas podía disimular el fastidio.

Su marido declaró gravemente:

—Los preparativos de un casamiento son en efecto capaces de turbar la tranquilidad doméstica. Sin embargo, conviene á la sociedad conservar esta ceremonia hasta por las mismas molestias que ocasiona.

Pasaron al comedor.

—¿Supongo que permitirán que mi perrillo coma conmigo?, dijo la señora Orlandi.

—Pues no faltaba más. No somos tan crueles que queramos separarles.

La italiana colocó á Pistacho á su lado y empezó á contar sus gracias.

—Ayer sufrí una gran emoción. Habíamos ido á visitar al Sr. Loigny, tío del encantador Juan Berlier, *flirt* de mi hija. Vive cerca de Chambéry, en una villa casi oculta entre rosales. Toda su casa está llena de flores y perfumes. Es un viejo que tiene mucho gusto, pero no conoce la amabilidad. Vive en su jardín y se olvida de la gente y de la cortesía. Pistacho se puso á jugar con un rosal, y aquel señor lo echó de la casa. Me marché indignada, dejando á mi hija, que regresó más tarde, acompañada de Juan, quien se deshizo en excusas.

—¿El Sr. Landeau está ausente?, preguntó la señora Dulaurens, algo maravillada del modo como la señora Orlandi entendía sus deberes maternales.

Esta última, imperturbable, contestó:

—Sí, está ausente. Está realizando unos grandes negocios. Mi hija no le volverá á ver hasta el día del contrato. El verle no resulta muy agradable, y hay que tener en cuenta que Isabel es artista. Pero ya se irá acostumbrando. A todo llega una á acostumbrarse, excepto á no ser guapa después de haberlo sido.

La añoranza de la juventud perdida le hizo suspirar profundamente. Bajó la cabeza hacia el plato para ocultar su rostro amoratado cubierto de polvos, que desde hacia tiempo no se atrevía á contemplar ante un espejo. El criado le ofreció un frutero con frutas variadas; lo miró con estupor, y volviéndose hacia la señora Dulaurens le preguntó:

(Se continuará.)

EL NUEVO SHAH DE PERSIA

EL PARLAMENTO PERSA

Mahomed Alí Mirza, que ha sucedido á su padre Mozzaffer ed-Dinn, cuenta treinta y cuatro años y es un príncipe en alto grado inteligente é instruído, enérgico y autoritario. No se deja influir por nadie, y cuando, por enfermedad de su antecesor, fué nombrado regente, uno de sus primeros actos consistió en alejar de palacio á varios sacerdotes (*mollahs*) que habían ejercido sobre aquél extraordinaria influencia. Durante el período de su regencia ha demostrado grandes aptitudes para la gobernación del Estado.

Cuando Mozzaffer ed-Dinn se decidió á dar á Persia una constitución, parece que Mahomed Alí Mirza mostróse contrario á la reforma; pero luego, no solamente la ha aceptado, sino que además la ha modificado en algunas de sus partes en sentido liberal.

La nación persa funda grandes esperanzas en su nuevo soberano, siendo de esperar que gracias á la ilustración de éste y al espíritu progresivo de que aquélla se siente animada, no tardará en cambiar enteramente el modo de ser del imperio persa.

El primer paso en el camino de la regeneración ha sido la constitución promulgada por Mozzaffer ed-Dinn y como consecuencia de ella la convocación del parlamento que hace poco más de dos meses funciona en Teherán, celebrando sus sesiones en el palacio de Baharistán, uno de los más hermosos de la capital persa.

El corresponsal de un importante diario parisiense describe en los siguientes términos la impresión que le produjo el palacio:

«Después de largas explicaciones con los guardias, conseguí pasar la puerta monumental y me encontré en un patio en donde, puestas en cuadros muy bien cuidados, se abrían las últimas flores del otoño. Los grandes y espesos olmos, los gigantes plátanos, comienzan á despojarse de sus amarillentas hojas que el viento dispersa por los céspedes y caminos y que diligentes jardineros se apresuran á recoger. El parque de los diputados está perfectamente rastrillado, muy limpio y lleno de flores. En una avenida bañada de sol, veo varios grupos; son los nuevos legisladores que se pasean gravemente, hablando sin animación, sin ademanes; otros están sentados en cuclillas, inmóviles, contemplando en silencio el arroyo que murmura suavemente, tan suavemente, que apenas se oye su murmullo. Detúveme indeciso

y me pregunté si no sería demasiada indiscreción venir á turbar esos graves coloquios, esas meditaciones profundas, cuando dos de aquellos individuos, separándose del grupo, vinieron á estrecharme las manos. Díles las gracias porque no habían olvidado nuestras buenas relaciones de otro tiempo y les expuse el objeto que allí me llevaba.

salones decorados dentro del más puro estilo persa; pero desgraciadamente todas esas estancias son de reducidas dimensiones y ninguna es á propósito para la instalación de la Cámara, y hasta parece como si el arquitecto que hace cincuenta años construyó el palacio, se hubiese propuesto hacer imposible toda transformación. El salón de sesiones es un antiguo comedor en donde apenas caben doscientas personas.

—»Ya ve usted, me dicen mis acompañantes; aún no tenemos sillas, bancos, ni pupitres; no tenemos más que esa gran alfombra persa, sentados sobre la cual celebramos nuestras sesiones. Pero ¡qué importa! Ello no es óbice para que hagamos buena faena.»

Pocos días después, el mencionado corresponsal pudo presenciar una sesión, en la que, después de haberse tratado algunos asuntos de escaso interés, que aquellos legisladores neófitos discutían con el mismo entusiasmo que los asuntos de gran importancia, aprobaron por aclamación la creación de un Banco nacional persa.

«Llegada la noche, el presidente levanta la sesión; los diputados y los espectadores se incorporan y estiran las piernas; fórmanse grupos en los cuales se habla animadamente, y allá en un rincón fórmase un comité encargado de reunir fondos. Todo el mundo se apresura á subscribirse y muchos entregan en el acto el importe de sus acciones; varios estudiantes vacían sus bolsillos y se

asocian para adquirir un título. En menos de media hora se recaudan dos millones y medio de francos. La impresión que aquel espectáculo produce es la de una nación que despierta y cuyo corazón comienza á vibrar vigorosamente.»

La asamblea se compone principalmente de *mollahs* y de representantes de las poblaciones y de las clases acomodadas; los primeros forman la izquierda avanzada.

La muerte de Mozzaffer ed-Dinn ha sido poco sentida en Persia; en Teherán no se vieron en ninguna parte manifestaciones de duelo; ni las tiendas, ni los edificios públicos se cerraron, y hasta el colegio militar, en donde se han educado los hijos, los nietos y los sobrinos del shah, permaneció abierto.

El cadáver del soberano será enterrado, conforme á los deseos expresados por éste, en Kerbelai (Arabia turca).

La coronación del nuevo shah Mahomed Alí Mirza y la terminación del duelo oficial se efectuarán el día 2 del próximo febrero, fecha que corresponde á una gran fiesta musulmana. Hasta

entonces no será proclamado sucesor de su padre. La dinastía de los Kaiars, á la que pertenece el actual shah, reina en Persia desde el año 1794.—R.

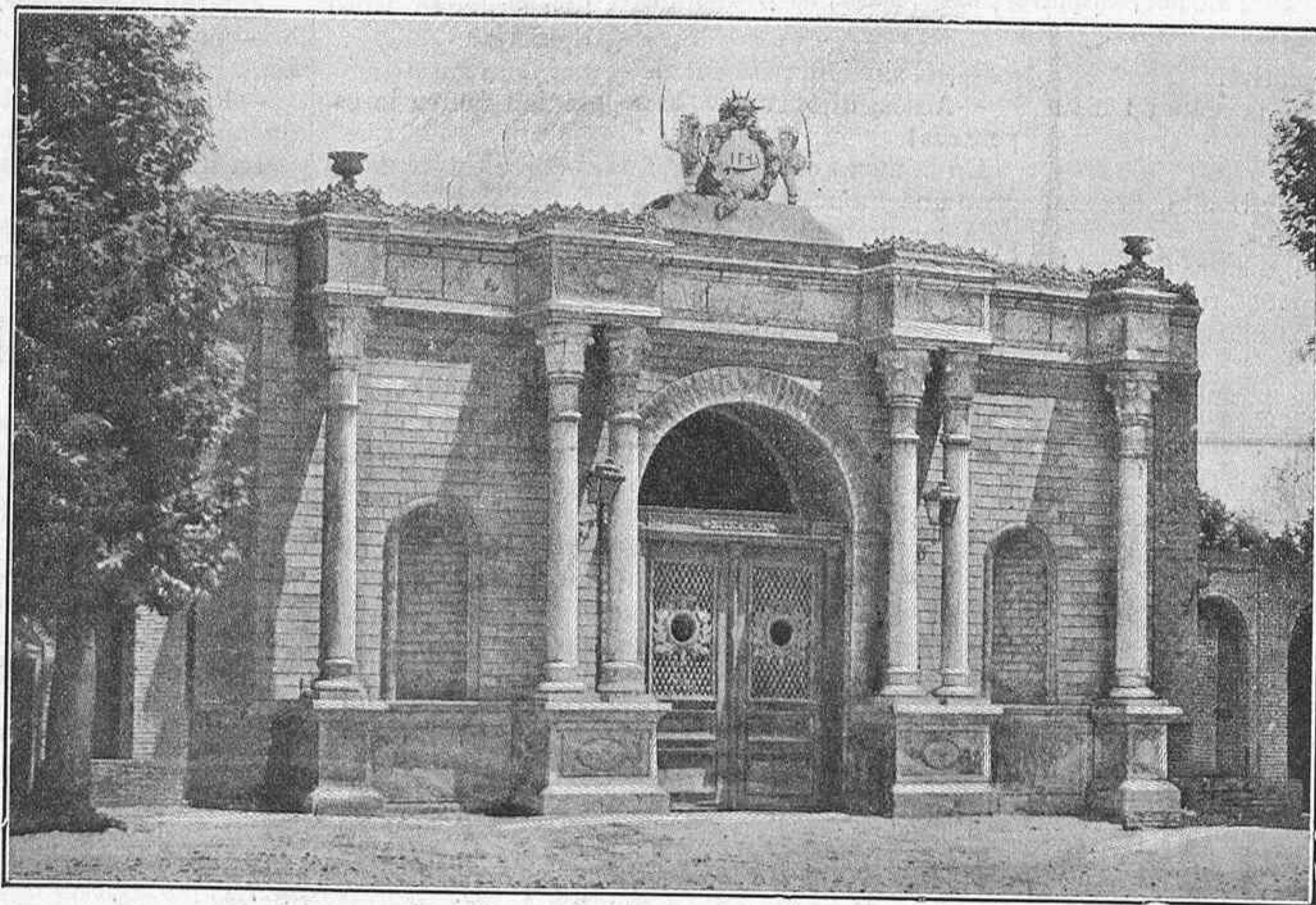


MOZZAFFER ED-DINN, shah de Persia fallecido el día 8 de los corrientes. (De fotografía hecha pocas semanas antes de su muerte.)



El nuevo shah de Persia MAHOMED ALÍ MIRZA, primogénito del difunto shah Mozzaffer ed-Dinn. (De fotografía.)

»Mi pretensión parece sorprenderles y dejarles perplejos, puesto que en seguida me advierten que de momento no hay nada interesante que ver ni oír; mas ante mi insistencia por visitar el palacio y la sala



TEHERÁN. — PUERTA DE ENTRADA DEL PALACIO DE BAHARISTÁN EN DONDE CELEBRA SUS SESIONES EL PARLAMENTO PERSA. (De fotografía.)

de sesiones, consienten, con exquisita cortesía, en acompañarme.

»En el Baharistán hay salas magníficas, hermosos

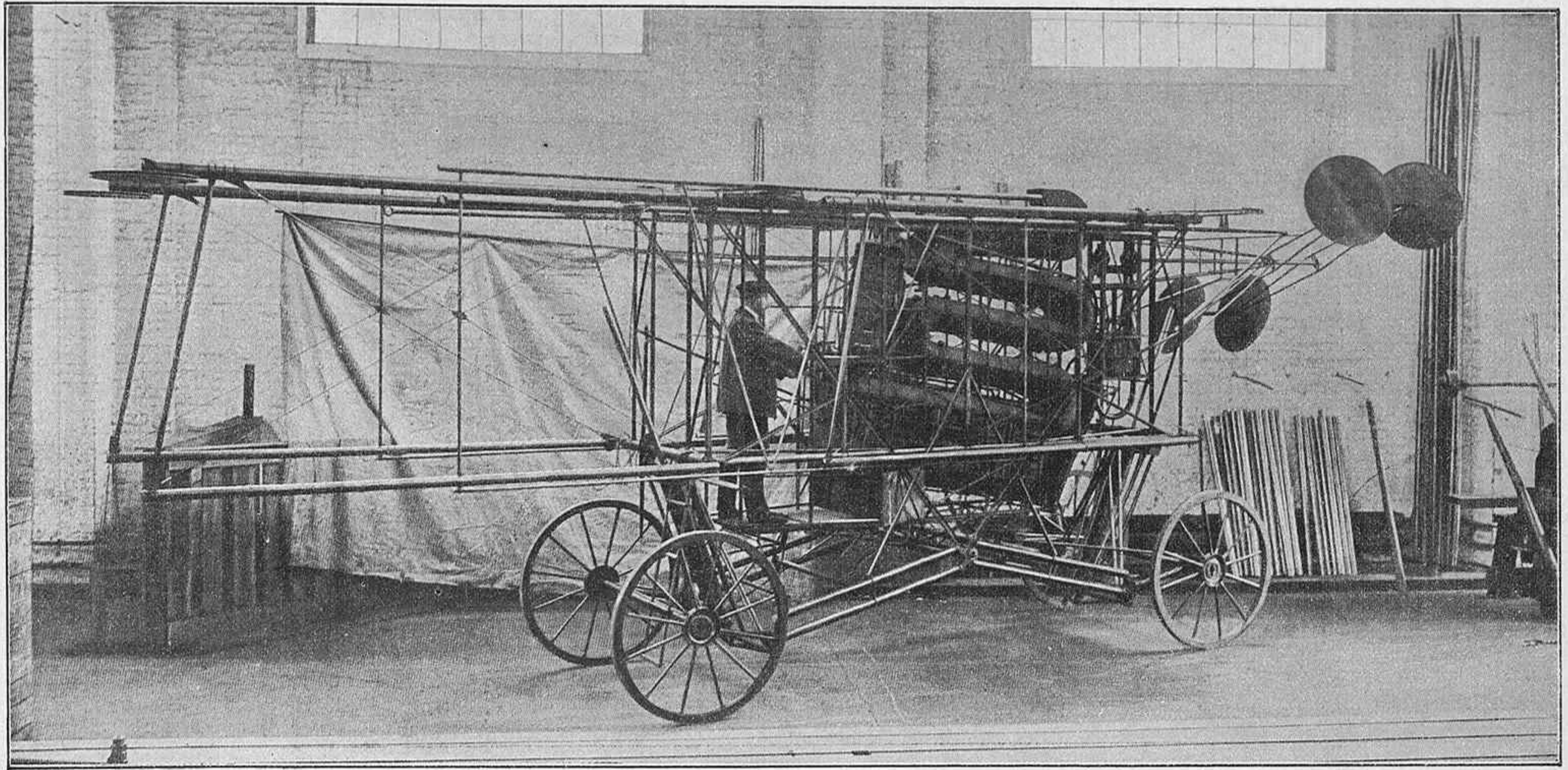
LA MÁQUINA DE VOLAR DE HOFMANN

En Alemania, como en otras muchas naciones, preocupa grandemente el problema de la conquista

las de las aves, y tienen articulaciones como las que en el cuerpo humano permiten los movimientos del brazo, del antebrazo y de la mano. La máquina completa, cuyo velamen, por decirlo así, tendrá una lon-

y dos ruedas ó barras pueden hacer las veces de las alas y de las patas de las aves, contestó:

«Esto depende del modo como cada cual concibe el problema cuya solución buscamos. En Santos Du-



Berlín.—Máquina para volar del consejero Hofmann

del aire en sus dos aspectos de la dirección de los globos y de la aviación propiamente dicha. Uno de los que más han trabajado en este último sentido es el consejero Hofmann, de Berlín, que desde hace años ensaya distintas máquinas para volar.

La que actualmente está construyendo es, como puede verse en el grabado de esta página, un aparato muy complicado cuyas alas pueden plegarse, como

gitud de seis á ocho metros, siendo la distancia entre los extremos de las alas de 23 metros, puede correr en el suelo como automóvil.

No hemos de hacer una descripción del sinnúmero de detalles técnicos que entran en el aparato. Preguntado el inventor por qué resultaba tan complicada su máquina, cuando la experiencia ha demostrado que, para volar, dos cometas de construcción especial

mont, por ejemplo, que hace un año se ocupaba únicamente de la dirección de los globos y que sólo de poco tiempo á esta parte se dedica á estudiar la aviación, habría sido una ligereza comenzar sus experimentos con una máquina complicada; pero no tardará en convencerse de que el viento y el mal tiempo, como también la seguridad del vuelo y del descenso, requieren algo más.»

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Fóne y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDES
B^e St-Denis, 16

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS
Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. - Cuatro tomos: 55 pesetas.
Montaner y Simon, editores. - Aragon, 309 y 311. Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
Vendese en casa de J. FERRE, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
GATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub^e St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ZOMOL
JUGO DE CARNE DESECADO
ZÔMOTERAPIA
EL ZÔMOL PLASMA MUSCULAR
(Jugo de carne desecado)
PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la
TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA,
la CLOROSIS, la ANEMIA,
la CONVALESCENCIA, etc.
Tres cucharaditas de café de Zômol representan
EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.



BARCELONA. — EL MAESTRO MASCAGNI Y LOS PROFESORES DE LA ORQUESTA DEL GRAN TEATRO DEL LICEO. (De fotografía de H. González García.)

El eminente músico Pedro Mascagni, que, como oportunamente dijimos, vino á Barcelona para poner en escena, en el Gran Teatro del Liceo, su ópera *Amica*, puede estar satisfecho de nuestro público, que ha hecho justicia á sus relevantes méritos como compositor y director de orquesta. Las representaciones de la citada ópera se han contado por otros tantos llenos y han sido para él una serie de brillantes éxitos, lo propio que los conciertos ejecutados bajo su inteligente dirección y en los cuales demostró ser un intérprete excelente de esos dos colosos de la música que se llaman Beethoven y Wagner.

Si grande fué el triunfo conseguido con *Amica*, mayor aún lo ha logrado con *Cavalleria rusticana*, la inspirada partitura de donde arranca su celebridad y que se ha

cantado y se canta, siempre con gran aplauso, en todos los teatros del mundo. La ópera era bien conocida en Barcelona, y sin embargo, dirigida ahora por Mascagni, ha producido el efecto de una cosa casi nueva, habiéndose apreciado en ella no pocas bellezas que antes pasaron punto menos que inadvertidas. Los cantantes, los coros y la orquesta, sugestionados por la portentosa batuta del maestro, han hecho maravillas; á todos se comunicó el entusiasmo, el cariño del compositor, y resultado de ello fué un conjunto como pocas veces ha podido admirarse en Barcelona.

Mascagni ha sido objeto de ruidosas ovaciones tantas cuantas veces se ha cantado *Cavalleria rusticana*, cuyas representaciones en la actual temporada constituirán una fecha memorable en los anales del teatro lírico de nuestra ciudad.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD



PECHO IDEAL

Desarrollo — Belleza — Dureza de los PECHOS en dos meses con las *Pildoras Orientales*, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.



PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN